

El hombre, como cabeza del hogar, no existe por sí mismo; existe por el deber: no poseyendo la plenitud de la ciencia, y no siendo inmutable en sus designios y voluntad, su poder está fundado sobre principios de convencion prudente y justa; pero su poder no es ni podía ser inmutable y eterno. Cada uno de nosotros, jefes ó subordinados, existe acompañado; vive en medio de otras criaturas, á las que está unido por lazos de necesidad y sangre.

La moral conyugal, es pues, todo un cuerpo de doctrina, y ella dice á toda inteligencia levantada, y á toda conciencia pura, de dónde nacen sus deberes, y dónde limita sus derechos. La ley prescribe nuestro destino, y á ella hay que arreglar la conducta; y es una triste ilusion saborear la idea de que la ley, moral ni materialmente, ha de sucumbir á la voluntad fundada en la fuerza.

Son de tal importancia los preceptos que se han impuesto á la jefatura de la familia, ya los ejerza el hombre, ya los desempeñe la mujer cuando le faltan á él la edad, la inteligencia, la libertad ó los derechos que la ley retira; interesan de tal modo al porvenir; tocan tan de cerca á la tranquilidad, á la reputacion; tienen tan fatales consecuencias los errores; son tan funestos para el jefe y tan desastrosos para la familia, que no es extraño que espíritus levantados, haciendo objeto de sus meditaciones, hayan pensado que el deber no estaba compensado por el honor y la honra de la pesada carga impuesta á la superior inteligencia del hombre.

El hombre, como jefe, tiene un campo vasto, inmenso, donde sus buenas dotes, sus costumbres, sus virtudes sociales, su moral, puedan brillar á favor de una bella educacion.

Se ha dicho que el hombre hace á la mujer, porque esta, débil y simpática, buena y sensible por naturaleza, lo ha de ser en la vida al compañero que labre su dicha,

sobre todo, si ha tenido la dicha de recibir una educación que, alejándola de esa atmósfera de voluptuosa indolencia, que sueña en la gloria de aventuras, se ha educado con ese encanto que atesora un alma cristianamente virtuosa, de mirada humilde y casta, de bondad angelical, de alma elevada y pura y distinguidas maneras de sencilla elegancia.

El hombre que ha entregado su corazón y consagrado su existencia á la mujer, debe tratarla con toda la bondad que es dable atesorar, con afable condescendencia, con prudente tolerancia, esforzándose en hacerla feliz aun en medio de las adversidades que siempre y por do quier amagan la vida. Los dulces y simpáticos afectos del hogar, pueden, si no disipar, atenuar las amargas impresiones que siembran los negocios en el ánimo; pero si á los tormentos exteriores siguen las desapacibles escenas del interior, la vida es un continuo calvario, horrible, insupportable.

Es indigno de un hombre que, incapaz de sobreponerse á las pasiones, y arrastrado por emociones que degradan su carácter, ofende la dignidad de su esposa, aunque sea en medio de los disgustos que turben su ánimo y tranquilidad. El respeto propio nace del respeto á los demas, y el respeto y las deferencias mútuas atenuan los males que á favor de relaciones francas, delicadas y decorosas descienden las bendiciones celestes.

La esposa, que con la bondad de un carácter encantador, dulce y bello, lleva inspiraciones de un amor mas puro y levantado, y revestido el amor por la castidad, forma la providencia del hogar santo de la familia; la esposa, cuya ambicion es ser amada, y cuya gloria cifra en la gloria de la familia; la esposa, que, á no dudar, atesora las santas afecciones de la casa, y comprende la grandeza moral de su elevada mision, conquistará ante las leyes del cielo y la tierra los respetos, las conside-

raciones y el afecto puro del compañero á quien juró al pie de los altares, si está bien educada.

Los actos de la esposa en las relaciones con su esposo, deben ir sellados de dulzura, de esquisita prudencia, del amor y el cariño sensible de su sexo, y considerando su honor y su felicidad, la felicidad y el honor de su esposo, consagrarle sus cuidados y atenciones. Hacer que las satisfacciones que rodean en la prosperidad, los supla ella con angelical bondad en los rigores de la desgracia, segura de que tan hermoso proceder, digno de su corazon y su sexo, y capaz de ablandar las almas mas frias y empedernidas, han de colmar el seno del amor conyugal de una paz que se traduzca por felicidad, y su sacrificio verá coronado de estimacion y gratitud, de cariño y respeto.

Aunque la direccion de los negocios toca en la familia, como en la sociedad, al mas inteligente, un esposo prudente, y que haga de su derecho un deber, y de su autoridad una virtud, siempre interroga la opinion de su esposa; y en mas de un caso se felicitará de haber guardado esta deferencia con la que, si no tiene tanto talento como los amigos, tiene mas interes y afecto que todos los consultores que le rodean á su esposo en la tierra.

Una esposa coqueta podrá ser virtuosa, pero no inocente; y hé aquí un pensamiento que nos dará materia para juzgarla como mujer al frente de la casa; como madre al frente de la familia y la educacion, y como una individualidad importante en sus aspiraciones, en su reputacion, en su mision; en ese espectáculo á que puede dar un precioso esmalte, un color, una armonía, una suavidad, en que todos los adornos morales ofrecen un cuadro encantador ante el alma bella de una criatura bien educada.

Pero un esposo inhumano, impío, no puede invocar en su favor ni la inocencia ni la virtud.

Colocadas todas las criaturas por la mano de la Providencia en sociedad, todas son iguales ante Dios, y deben serlo ante la ley. Siendo uno mismo el origen, la diferencia natural consistirá en la fuerza física é intelectual; y de la buena ó mala aplicacion de estas nacerá la diferencia social, con mas ó menos poder, fortuna y gloria; y de donde arrancan, como de un hecho providencial, las categorías, las gerarquías sociales, contra los cuales es tan absurdo declamar, puesto que una igualdad quimérica, es absoluta, entre las criaturas, seria la muerte de la emulacion, de la virtud y de la sociedad.

El hombre ha nacido para la sociedad. El espectáculo de todas las bellezas de la naturaleza no llena su corazon, y aislado de sus semejantes, vivirá mas que lánguido, triste, como viajero extraviado en bosque sombrío é interminable, donde se agotarian sus talentos; donde seria inútil su poder; donde el precioso privilegio de la palabra seria un don supérfluo, puesto que no le servia para comunicar sus pensamientos, y no teniendo ocasion para ostentar sus sentimientos, nada le quedaria al corazon humano en qué gloriarse.

Incapaz la criatura de llenar por sí solo sus necesidades sociales, le precisa el auxilio de los demas; y en este órden, en este secreto admirable de la Providencia, en que cuanto mas se multiplican las necesidades, mas se estrechan los lazos sociales, lee el esposo toda una doctrina que se perfecciona, que halla el complemento en su nuevo estado. No solo tiene deberes ante la humanidad, ante la sociedad, ante la patria, sino que desde su familia conoçe lo que todo hombre debe á los seres de la gran familia humana.

Ser humano, tener humanidad, es la virtud por esencia; porque fundada en la equidad, condena las antipatías, detesta los odios y hasta las preocupaciones y fria indiferencia que cierran el corazon á sus semejantes. La

criatura humana y justa está hecha á imágen de Dios, para tomar parte en las dichas y desventuras de sus semejantes. Pero si en el corazon existen grados de inclinacion, fijados por un principio inmutable de justicia, debemos sí interesarnos por todos, porque á todos nos unen lazos de humanidad; pero estos lazos con nuestra familia deben ser templados en la virtud que levanta el alma hasta el sacrificio.

Si en el comercio de la vida aspiramos á merecer el aprecio, la estima, la benevolencia de todos, porque aun mirado bajo el prisma del egoismo, al término está la paz, la satisfaccion, la felicidad; si los sentimientos del mas alto miramiento nos conducen á tratar en la vida social, ocultando las pasiones para no ofender, ocultando el orgullo para no herir, y sometiéndonos á las leyes de la sociedad, que exigen, si no adhesion, benevolencia, indulgencia y humanidad; si la vida social exige la conformidad á las leyes del decoro, condena con el desprecio esas necias vanidades, que se mofan de la decencia, y hasta de los modales consagrados por la sociedad. Si al hombre de bien realza mucho el título de hombre amable; si un talento privilegiado y aun la virtud necesitan saberse producir de un modo agradable; si un tono brusco, un exterior tosco, una franqueza grosera, detestan las leyes de la educacion, el esposo en el santuario de la familia debe ser un dechado de virtud, siendo amable, cultivando las reglas del decoro, de la decencia, de la urbanidad, del pudor, que enalteciendo el corazon, el alma y elevando la inteligencia, hacen de la esposa el ídolo del hogar, y del esposo la figura adorable de la familia.

Pero la filosofía de los impíos lo invade todo, y llena de errores, y cuando no de errores de dudas, los juicios de los hombres. Nada perdona, y en su ciego furor al seno del hombre como á la mansion de su sagrada herencia, todo, todo es blanco de su impía doctrina, del plan

trazado en su conducta execrable para sembrar el dolor por la tierra.

Aparentando un espíritu levantado, levantan las pasiones sobre el espíritu; fingiendo escuchar la voz de la conciencia con la mano puesta en el corazón, dan de mano con la conciencia y el corazón, creando antagonismo, suscitando rivalidades, produciendo conflictos en las creencias santas, en las sanas doctrinas que hacen del hombre y la sociedad una imagen del cielo.

La razón, la sabiduría, la sublime filosofía que tanto ensalza la impiedad, se ceba en los esposos de mil diversos modos. Para seducir con el espantoso plan de su secta, y no osando escupir al cielo desde luego, dirá, sin embargo, que la virtud, la gloria, toda la aureola de grandezas que los siglos veneran, y respetuosos saludan las generaciones en la familia, es sombra, nada; porque todo acaba, *todo muere con el cuerpo*, y que el premio no compensa el sacrificio.

Y bien; si todo muere al descender el hombre á la tierra, las leyes del universo deberian cambiar sus leyes, y la tierra de faz, de usos y costumbres; y las máximas de la equidad, de la justicia, de la amistad, del honor, del pudor, de la fé y hasta los instintos de la conciencia, serian una ilusion, una mentira, una vil impostura. Si todo ha muerto al morir una generacion, nada nos liga á su nombre, á su historia, á la gloria de su tradicion, ni el culto del respeto, ni aun la memoria de los beneficios. Si todo ha muerto al morir el hombre, el recuerdo del padre, del hijo, del esposo, es una mentira que la criatura forja para engañar al Criador con mentida virtud; porque ni guardamos memoria de nuestros padres, ni los hijos guardarán la nuestra. Si todo ha muerto al morir un ser, el amor de esposos y hasta la union sagrada del matrimonio es un error, es una impostura, porque el sobreviviente nada tiene, nada de comun con su antecesor, con su

padre, con su esposo, ni lazos de culto, de cariño, de respeto, ni aun de memoria, porque la *nada* no tiene, ni puede tener sucesion. ¡Qué blasfemia y qué impiedad!

Estas máximas harian del universo un caos espantoso. La tierra patrocinaría á todos los mónstruos, confundiendo el vicio con la virtud, y las leyes mas santas é inviolables de la sociedad, serian una república de costumbres nefandas, y hundiéndose los imperios, el género humano seria un conjunto de bárbaros, impúdicos, desnaturalizados, con la fuerza por ley, las pasiones por freno y el inmundo materialismo por Dios. En este mundo de los impíos, las nobles y bellas inspiraciones, la clemencia, la ternura, la piedad, la equidad, la integridad, el sacrificio de la abnegacion; esos instrumentos visibles de la Divinidad, que haciendo buen hijo, padre y hermano, regeneran el mundo con santas y puras costumbres que hacen héroes, con virtudes celestiales: que hacen santos todo seria una farsa; farsa las últimas voluntades de los moribundos, tan sagradas aun entre los bárbaros; farsa los honores tributados á la memoria de los bienhechores de la humanidad; farsa el honrar lo que no existe; farsa el respeto á las tumbas que guardan las cenizas de nuestros padres; farsa las leyes que son un servilismo á la sociedad; farsa la autoridad que coarta la libre voluntad; farsa la justicia que sujeta nuestras fuerzas; farsa escrupulosa las leyes del pudor, y la castidad misma una preocupacion; farsa el honor, la probidad, los incestos, los parricidios, y todo un juego y vanos y vagos nombres del yugo social. Impía y sacrílega filosofía ¡gran Dios! que levantando altares al crimen, hunde la sociedad en vil desenfreno, para hundirla en la eterna mansion del tormento, en el tiempo y en la eternidad.

Contra esta doctrina, que es la proclamacion insensata y criminal del suicidio aplicado á la sociedad y sus leyes, espondremos santas doctrinas al ocuparnos del co-

barde y vil suicidio que atenta contra la moral y contra Dios.

La educacion del esposo, es pues en la familia y en la sociedad la esperanza de la humanidad. Debe ser amante de su dignidad, para no negar su ternura y sacrificios al magnífico espectáculo de una familia próspera y feliz; y bastante humano para conocer que viviendo en sociedad, es criminal contribuir á los actos bárbaros que destruyen la felicidad de nuestros semejantes. No debe esperar, cruzado de brazos, á que la Providencia vele solo por el destino de su hogar, y que inspire á sus hijos la dignidad, despues de haber labrado su miseria, despues de haberles mostrado el asilo de la orfandad, preparándoles el harapo del mendigo.

La obra social del esposo es por mas de un concepto un verdadero acontecimiento, grande por la expectativa que tiene por su buena ó mala educacion; grande por los intereses que compromete en los destinos prósperos ó adversos del pais; grande á los ojos de la humanidad, que saluda en él á un nuevo vástago de la familia social. Obra en la que, si como es de esperar de la virtud, comprende el papel que está llamado á realizar; si como es de esperar de la educacion, no vacila ante los obstáculos, y acierta á confundir los gritos de las pasiones, y los temores de la maldad, una gloria imperecedera le otorgará el amor de la familia y el público reconocimiento.

Recogido el esposo en el santuario de su pensamiento ilustrado por la razon, que es la ley que Dios ha puesto en el cerebro del hombre para guiarle por los senderos de la inteligencia, que medite su deber, y á su eco latirá su corazon ébrio de valor. Su razon levantada en aras de la virtud le infundirá la mas lisonjera esperanza, prometiéndose la paz que atesora una familia santamente cobijada, y salvará su porvenir, á pesar de los sofismos de los míopes, que son una burla al sentido comun, y una

beja al talento y á la verdad. Y el hombre que para conquistar su independenciam por el amor y la felicidad de su familia, se levanta inspirado por la virtud del trabajo, y sacrifica todo en el altar de su querida esposa y prole, no se retraerá cobarde de la lucha gloriosa de los acontecimientos de la vida; porque si cuando el cielo brinda con salud y una existencia feliz en lontananza, se abandona, y frio é indiferente y con criminal apatía deja marchar los bienes que podia legar á los pedazos de su corazon, un eterno remordimiento, con el mas alto desprecio, le han de seguir cual sombra que desgarras memoria y alma. Que este tierno recuerdo de honor y gloria, de paz, dicha y felicidad, con que sellaron sus proezas todos los hombres dignos, todos los varones esclarecidos siempre y por do quier, y cuyas manes invoca la honra de la familia, levante como un destello de la divinidad á todos los esposos, que con el ejemplo, la virtud y el sacrificio, deben cubrirse de las bendiciones del hogar y los timbres mas nobles de la sociedad.

El Bautizo.

EL bautismo es el primero de los Sacramentos de la Iglesia, porque dá el ser de gracia y el carácter de cristiano. Es el acontecimiento mas solemne de la vida espiritual, porque arrancando el alma del genio del mal, conquista el noble privilegio de llevar en sí la impresion divina, y alumbrar las tinieblas de la materia por el reflejo celestial, faro luminoso que guia á través de los escollos y tempestades del mundo.

Un bautizo, y sobre todo el primero, es un suceso importante de familia. La Iglesia y el mundo imponen leyes y costumbres para esta ceremonia, á que no es dado faltar, y que vamos á reasumir. Pero antes nos permitiremos alguna reflexion moral, y de moral social.

De alma y cuerpo se compone la criatura racional: cultivar la inteligencia y cuidar el cuerpo, es su deber; doble y sagrado deber que invoca el sacrificio del amor paternal.

Desde el primer momento de la nueva existencia, Dios inspira en los padres sentimientos preciosos, puros, levantados, de ternura, piedad y amor; pero amor tal y tan sublime, que el padre espondria la vida, y la madre,

que se la tiene consagrada toda entera, se sacrificaría por ese ser pobre, desnudo, débil; y ante el cual rechazaría indignada todas las riquezas de la tierra, todos los tesoros que entrañan los mares.

Una madre, calentando en el regazo al pedazo de sus entrañas, y concibiendo y llevando á cabo todos los sacrificios, con un placer y un amor que solo puede hallar modelo en Dios, que desciende y muere por la criatura; una madre, que por ahorrar un dolor, una lágrima al fruto en quien adora y por quien levanta los ojos al cielo invocando todas las bendiciones, sufre, pero sufre con placer, todas las privaciones que levantan el ánimo á la abnegacion, porque si es preciso quedará desnuda por cubrir al tierno ser de su corazón; si es preciso, así como le dá su sangre, se privará del pan, del placer y de todas las lisonjas del mundo, que ante una caricia, ante una mirada de él, es vanidad, es nada; una madre, velando ante la cuna, contemplando las gracias, las esperanzas, los encantos que atesora para ella, que ya con un amor inspirado inspira á su jóven compañero aquella tierna piedad, aquel ardiente amor por el fruto de su cariño, y llena de confianza en el cielo, desafía todas las inclemencias de la tierra ante la felicidad de aquel objeto, que ¡oh amor! no ha de ofrecerle en mucho tiempo, y quizá siempre, mas que disgustos, tormentos y lágrimas que desgarran su alma, es una figura adorable, es un ser privilegiado, con un afecto que forma el orgullo de la naturaleza, y refleja el destello de la divinidad.

Esta impresion nos mueve á tocar de paso un punto, sencillo sí, pero elocuente, de la conciencia moral, antes de volver al punto de partida.

La Providencia ha colocado bajo el dominio del sentimiento el mérito de aquel amor, de aquel sublime sacrificio; y lo mismo brilla ante el modesto talento de la hija, como ante el sublime genio del hijo. Ambos tienen

la conciencia moral de esta heroica accion, porque es clara como la luz del dia, tan grande que es eterna, tan comun que es universal. Sin remontarnos, pues, al premio ó castigo del árbitro supremo, ¿qué son en el mundo esos malvados, esos hijos mónstruos de iniquidad, de ingratitud, que corriendo en pos del vicio, alcanzan inquietud sombría, malestar insoportable, y con una conciencia que agitada por el remordimiento se hunde en las pasiones con el cortejo de crímenes ante cuyo cuadro retrocede la vista con horror? La educacion convierte esta horrible sombra en una satisfaccion viva y pura, de una conciencia que llena el alma, de una felicidad suma y de una alegría santa.

Y es mas que un error, una aberracion, creer que el vicio, con el séquito de sus crímenes, pueda labrar la felicidad; y la prueba está en la conciencia moral de toda criatura. Todo el mundo está convencido de que la pantera, la hiena, el tigre, abren el seno de la víctima, desgarran sus entrañas, beben su sangre, y despues duermen tranquilos al lado de aquellos miembros mutilados. Pero la conviccion es tambien profunda y universal, que el hombre, aunque con el hábito horrendo del crimen, haya procurado apagar la luz de la razon, el sueño no reposa tranquilo en el cuerpo del homicida, no. Si busca lugares desiertos, la soledad le espanta al criminal: si mora entre los hombres, en el festin como ante la tumba, en el sepulcro como en el campo, de dia y de noche y por do quier ve escrito su crimen: en cada esfuerzo para olvidarlo perfecciona su memoria para atormentarle; teme ante la oscuridad, como tiembla ante la luz; y oye siniestros ruidos en medio del silencio; y fijos los ojos en el espectro de la sangre, del veneno y del puñal, no cree ver mas que el ódio, el desprecio, la execracion universal; por haber desgarrado la sancion de la ley natural, que existe en la conciencia; por haber ahogado en sangre las divinas ins-

piraciones, escritas en su alma por el dedo de Dios. El crimen y la tranquilidad son incompatibles; la virtud y la felicidad son inseparables. Mas ya que en otros capítulos se nos ofrecerá ocasion propicia para volver por los fueros de la educacion, reseñemos simplemente la ceremonia del bautizo.

El primer fruto de un matrimonio sacan de pila los abuelos paterno y materno del recién nacido. Es un tributo del amor filial de los padres respecto á los abuelos, y que forma una cadena de deferencia, un lazo de union en la familia.

Sin embargo, esta regla sancionada por la costumbre casi universal, sufre escepciones. Cuando los abuelos se hallan ausentes ó enfermos, ó que la posicion social ú otras circunstancias especiales los coloca en la situacion difícil de llenar debidamente esta prerogativa, se les considera con derecho, que ejercen de acuerdo con los padres, de invitar para reemplazarlos á personas que, ocupando una gerarquía, un puesto, una posicion ó un nombre mas ó menos distinguido, puedan quizá ser un día la segunda providencia de la criatura que sostengan en sus brazos ante la pira que conquista la gracia celestial.

Estaria mal visto que estas personas así invitadas, se negasen á este acto de la Iglesia y de la familia; si bien hay ocasiones en que pueden y deben declinar este honor, sin faltar á los deberes sociales, sin herir la susceptibilidad de los interesados; aunque la opinion rara vez ó nunca concede á estas escusas los honores de un acto de laudable modestia.

Los padrinos de los demás hijos de un matrimonio, son de cargo y eleccion de los padres, que buscan compadres en el seno de la familia ó fuera de ella, impulsados por mil acontecimientos de gratitud, cariño ó deferencia que afirman ó crean lazos de amistad, y quizá de esperanza en el porvenir.

A las pocas horas de haber visto la luz la criatura, los padres ó abuelos, indistintamente, participan por escrito ó de palabra este acontecimiento á los parientes, amigos y demas personas que por relaciones oficiales, públicas ó privadas con los padres, afecten interes, y se cree que han de recibir con aprecio ó benevolencia, para concurrir al acto de dar al recién nacido el agua del Sacramento. Los hombres públicos necesitan consagrar especial cuidado para no faltar por exceso ni defecto en estas atenciones, que pueden cortar simpatías, protecciones de valía, ó relaciones de carácter é importancia. La autoridad civil como tal, no toma ni ocupa puesto, como en otros actos religiosos que han de ocuparnos mas adelante.

El sirviente ú otra persona que toma el encargo de participar el nacimiento, dia y hora y parroquia del bautizo, como el estado de salud de la madre, es objeto de una modesta propina por las señoras donde lleva el aviso. Mas esta costumbre no existe en algunos puntos, y en otros es todo lo contrario, es decir, que al dar parte en nombre de los padres, se mandan targetas y aun dulces á las señoras y personas invitadas. Es preciso, pues, partir del principio de pagar tributo á la costumbre de la posicion, del lugar ó pais que se ocupa, respecto al primer Sacramento del Bautismo ¹.

¹ El Bautismo se administró largo tiempo por inmersión en el agua fria, como aun sucede en algunos paises; pero muchas veces compran las inocentes criaturas la salud del alma á costa de la del cuerpo. Por esta razon á la inmersión sustituyó la aspersion ó afusion. Mas tarde, y en casos dados, se ha pedido, sobre todo por la higiene, que el agua fuese templada; y las Córtes del reino en 1837 lo recomendaron eficazmente en una circular. La higiene ha pretendido tambien que el Bautizo, como la Estremauncion, se apliquen en la casa del recién nacido, y muchos Príncipes de la Iglesia han asentido, convenidos de que si al enfermo no le es posible dejar la casa, al recién nacido puede serle peligroso muchas veces.

Prevenido el sacerdote que ha de bautizar, y aun al cura de la parroquia, si aquel no es de esta, para que este á su vez lo haga con los empleados de la Iglesia que han de asistir á la celebracion del acto, la comitiva sale de la casa del recién nacido, ora á pie como en pueblos pequeños, ya en coche como en grandes poblaciones, donde la bulla y algazara del *bateo* obliga á esta costumbre.

Si se marcha á pie, rompen la marcha indistintamente los convidados, y siguen los padrinos, padre, sacerdote y personas distinguidas, cerrando la marcha la madrina y señoras, que rodean á la ama ó mujer que lleva en brazos al recién nacido. Llegado al vestíbulo del templo, la criatura y padrinos se adelantan al cancel, aunque en algunas partes toda la comitiva penetra desde luego en el templo. El sacerdote, revestido y acompañado, se acerca al cancel, y principia la ceremonia estando la criatura en brazos del padrino, descansando horizontalmente, y teniendo en la mano un papel, entregado por el padre, con los nombres que ha de imponer á la criatura, si son muchos, con los apellidos de padres y abuelos, dia y hora del nacimiento, ó en la memoria, si son pocos, ó los del dia, que sobre todo en las clases menos acomodadas se imponen comunmente. Del cancel pasa el sacerdote á la pila, seguido del bautizando, en brazos del padrino, donde concluye con la ceremonia.

Terminado el acto, el padrino gratifica, de un modo digno de su posicion y de la augusta ceremonia, á todas las personas ocupadas por el acto religioso, haciéndolo tambien con el celebrante, ó reservando remitirle la fineza á su casa. Hay tambien costumbre en varios puntos de dejar el padrino alguna cantidad para el culto y pobres.

La comitiva vuelve en órden inverso de su ida, es decir, preceden las señoras ó madrina, con el nuevo cris-

tiano; siguen el padre, sacerdote, padrino y personas distinguidas, siguiendo el resto de la comitiva.

Imitando la *agapa* con que los primeros cristianos celebraban la venida de un nuevo cristiano, hoy todavía se obsequia á la comitiva con una espléndida comida; pero lo admitido generalmente es un refresco, que se dispone para el momento que regresan los convidados de la iglesia. Esto no obsta para que á la comida ó café del mismo ú otro dia próximo, se invite á las personas que la amistad, una relacion cordial, el parentesco, ligue con estrechos lazos de estima con la familia.

Si la comitiva monta en coches, sigue en ida y vuelta el mismo orden que queda consignado para el regreso á pie. Los coches son de cuenta del padrino, y los honores de acomodar á la comitiva le corresponden con el padre. El padrino debe una memoria á la recién parida, y aun á la madrina; pero teniendo presente que no solo está bien visto, sino que es comun que una y otra rehusen finalmente todo, menos dulces y flores. El padrino gratifica como estima conveniente al ama y sirvientes de la casa, sin olvidar el facultativo, si la familia es pobre. La madrina hace su regalo, que, por lo regular, consiste en el vestido del que saca de pila. Los niños de la familia son tambien objeto de atenciones, ya con dulces ú otras cosas de capricho, gusto y valor, adecuados á la edad, al sexo, la posicion; aunque los padres deben intervenir con delicadeza para evitar larguezas y sacrificios.

El primer deber de los convidados al entrar, es: felicitar á padre y abuelos, y no dejar la casa sin preguntar con interes por la salud de la encamada; ni las señoras sin visitarla rápidamente, á menos que el juicio del facultativo estimase conveniente absoluto reposo y soledad en obsequio al estado de la enferma. En el capítulo de las *visitas* consignaremos la conducta posterior de los convidados respecto á la recién parida y familia.

Escusado es repetir que los padres y padrinos tienen una mision delicada que llenar en estos actos, ante personas que distinguen las gerarquías sociales, no solo para estar á la altura de su cometido guardándoles marcada atencion y respeto á las señoras y caballeros, sin mas distinciones que el sexo y la dignidad con la edad, sino tambien obtener una sincera benevolencia cautivando el aprecio general.

El agua del socorro se administra al recien nacido dentro de los primeros dias de su venida al mundo, y cuando los adultos abrazan nuestra Religion, despues de haber sido iniciados en su doctrina, al bautizo sigue en el acto la Confirmacion, y si los padrinos son, como sucede con frecuencia, personas notables y constituidas quizá en dignidad, la fiesta religiosa ostenta pompa y majestuosa alegría.

Concluyamos en obsequio á las madres con un recuerdo de las pasadas edades. Por espacio de siglos el nacimiento de una *niña* sembraba negra afliccion en el corazon de la desgraciada madre, y honda impresion de disgusto, de aversion y aun de ódio en la mente del padre. Una niña era para la madre desventurada un signo fatal, una señal de repudiacion, la estrella fatal quizá de su afrenta. A su nacimiento, no habia fiestas de familia ni cantos sagrados: la alegría era ahogada en el silencio de una soledad, parecida al silencio de la muerte, donde moraba triste y temblando la afligida madre, castigada sin culpa. El régimen feudal suavizó esta horrible preocupacion; pero aun la edad media tuvo momentos fatales para el nacimiento de una hija, considerada como una calamidad. En nuestros dias, gracias al cielo, ha desaparecido esa cruel é inhumana distincion, y con ella el tormento impío que desgarraba el tierno y sublime amor del corazon de la madre. Hoy el amor paternal abraza con igual efusion de ternura, ama con igual pasion, y es ob-

jeto de iguales sacrificios la hija que el hijo, y la madre, objeto predilecto de todos los desvelos en uno y otro caso, porque si el hijo puede ser el orgullo de la casa, la hija es su alegría; si el hijo representa la esperanza, la hija representa la ternura, la pureza y el encanto, y una eterna compañera con eternas sensaciones de gratitud, cariño y reconocimiento.

El Entierro.

El entierro es la fúnebre solemnidad que con mas ó menos pompa y ostentoso acompañamiento somos conducidos á la última morada ¹. Las honras, el oficio de difuntos ó exequias que la Iglesia reza en sufragio del alma

¹ Para la higiene el *salus populi* es la suprema ley, y ha conseguido interesar á la opinion pública en su mas que bella, humanitaria mision. Consagra esfuerzos inauditos porque la mortandad disminuya; porque la duracion de la vida sea mas consoladora, y entre sus muchas glorias registra la de haber disminuido en dos terceras partes la horrible mortandad que arrojaba la estadística de los espósitos. La policia de salubridad, de comodidad y de ornato, ha hecho que invadiera en los barrios, como en el seno del mísero hogar, y no puede menos de gloriarse recordando tiempos no lejanos en que nuestras poblaciones eran poco permanentes de infeccion, que, degradando la dignidad, corrompen la moral. La higiene penetra por doquier con la conciencia de su alta mision, y ha visto tambien coronados sus esfuerzos respecto á las urnas cinerarias, desde que el hedor de los cadáveres subia confundido con el aroma del incienso en el Tabernáculo del Señor, hasta hoy, que se construyen por todas partes cementerios, donde las artes á porfía, con la sagrada memoria á objetos queridos, hacen moradas deliciosas para los restos mortales. Y en algunas capitales de provincia, y de sentimientos altamente religiosos por cierto, los cadáveres ni entran en el templo, ni se permite conducirlos de dia á la última morada, sobre todo desde tristes épocas de epidemia.

de los difuntos, ora de cuerpo presente, ya al novenario ó en los aniversarios ¹. Y el luto es la señal exterior de duelo y dolor que los parientes consagran á la memoria del fallecido, cubriéndose de negro.

Los dias apacibles de la vida, los gratos momentos y los acontecimientos agradables, son nublados con frecuencia con tristes solemnidades. Los episodios humanos son una mezcla de placer y dolor, que, imágen de la vida, pasan por la tierra con la celeridad del rayo, que lo cruza rápido para hundirse en la eternidad.

La tristeza con la alegría se suceden; se dan la mano en el tiempo. En el instante mismo en que un nuevo ser viene á la tierra y á la gracia, un padre querido y ejemplar vuelve al seno de la tierra. Una esperanza, que risueña formaba el ídolo del hogar, inclina la cabeza cual mustia flor, y cae á los pies de fatal guadaña. El canto

¹ Las honras, de suyo equitativas, ofrecen no obstante á la vanidad donde prodigar gastos á que el clero parroquial ni escita ni participa siempre. Cuando los templos están exornados con toda la grandeza de pompa y majestad religiosa, sus paredes tapizadas, realzando el oro sobre grandes y negras colgaduras, la nave ostentando suntuoso catafalco, brillante de luz y gala, en todo ese lujo del cortejo fúnebre, no es la Iglesia la que escita á ese orgullo, es la última reminiscencia, un exceso de amor á la memoria del finado, un resto quizá de preocupacion mundana que halaga pasiones aun al borde de la tumba, y en donde la menor parte toca quizá al clero. Mas es lo cierto, que la opinion va formando una atmósfera contraria á los derechos de entierro, matrimonio y bautizo respecto á los pobres; y aunque el gobierno parece está en relaciones con Su Santidad para las dispensas matrimoniales, no es temerario vaticinar, en vista de esa opinion y de los tristes hechos que la estadística arroja, que los tres hechos mas notables de la humanidad, el bautizo, el matrimonio y la muerte, se celebran por la Iglesia gratuitamente; pero esto, á pesar de la opinion, y á pesar de los males que evitaria, y las bendiciones que atraeria sobre el clero, no podrá ni tendrá lugar mientras el gobierno ó las Córtes no hagan mas digna y levantada la posicion del clero. No es, pues, el clero aun en esto, sino el gobierno, á donde debe dirigirse la opinion en son de queja y remedio, como lo ha hecho hace poco un ilustre Senador.

del festin es interrumpido por el canto fúnebre, y la vida apenas da tiempo para pensar en la muerte.

En el curso de la vida humana hay muchos momentos en que el silencio es mas elocuente que la espresion; en que en la soledad y el retiro se respetan mas y mas los sentimientos de humanidad y decoro; y en que una oficiosidad, en vez de mitigar el dolor, hace mas acerbo el tormento, y con la memoria la afliccion. Hay una muda elocuencia, que espresa con toda vehemencia los afectos del alma unida por lazos de simpatia y amor.

Al primer amago de la vida, y á medida que arrecia el peligro de perderla un amigo, obliga mas y mas las pruebas sinceras de interes por su salud. La visita personal, si es posible, la pregunta frecuente, y sobre todo, á la primera hora de la mañana, si está en la poblacion, y la renovacion de simpatías y cariño por medio de persona allegada, si está ausente, son los primeros cuidados que la amistad no puede olvidar, sin olvidar los sentimientos mas triviales que la amistad debe depositar en el seno de la humanidad.

Si la casa del enfermo es el punto de reunion, de tertulia, á medida que el mal toma incremento, y hace inminente un fin desastroso, debe desterrarse todo signo de juego, chiste y cuento, por altas razones, y entre ellas, porque seria indigno suponer á la familia con una insensibilidad criminal. En trance tan doloroso, la situacion marca la conducta, y debe desaparecer toda conversacion y hasta toda postura que nos haga aparecer como indiferentes al episodio de la agonía.

A la muerte de un pariente ó amigo, los actos de la amistad deben consagrarse con el tacto mas esquisito á evitar á la familia los cuidados, las atenciones públicas, los de la iglesia, y aun los mas ostensibles en la casa, ofreciendo toda ayuda con sincera voluntad; pero sin aparentar demasiada insistencia, porque á las veces, en me-

dio de aquel pesar profundo, puede ser altamente inconveniente el interrumpir el silencio, renovar la afliccion en el retiro, sacar á luz lo que solo en la soledad halla consuelo, consagrado á la memoria de un ser querido.

La muerte, que lo mismo exige su tributo en los palacios que en las chozas, entre la opulencia que entre los harapos; y que ora convoca reuniones en las mansiones exornadas con la magnificencias del arte, ora en los umbrales de la morada del mendigo, ocasiona los oficios y cantos de la Iglesia, y la asistencia á la fúnebre comitiva que se reune en la casa mortuoria ¹.

Cuando la familia ocupa en la sociedad una posicion privada, pública ú oficial, ó que por esclarecidas virtudes, ó un nombre en la república de las letras, gozaba el finado de gran popularidad, la invitacion, ademas de parientes y amigos, se hace extensiva á todo el que deba tributarle homenaje, acompañando sus restos, ó elevando preces al seno de los justos.

Las esquelas y tarjetas circulares, litografiadas, como los anuncios que los periódicos llevan por do quier, invitando á la triste solemnidad, se redactan en términos tan sencillos como breves. Se reparten las primeras con

¹ Aunque curiosa, seria pesada la reseña del aparato fúnebre con que se decoran las regias moradas á la presencia de un cadáver de la familia real, y el ceremonial con que se conducen los restos á la última y regia morada. Describiré, pues, en pocas palabras un *salon de corte* de un capitan general. El cadáver, vestido de gala, y sobre un féretro, se espone al público en su palacio, mirando á la puerta de entrada. A uno y otro lado se colocan dos grupos con trofeos militares, y á su costado, y vestidos de gala, hacen guardia dos soldados, y otros dos á la puerta del salon. El salon se ilumina y enluta, y á su testero se coloca una gran imágen de Cristo crucificado. A los lados del salon se colocan dos altares para celebrar el santo sacrificio de la Misa, y al pie de ellos uno ó dos capellanes rezan por turno las preces que tiene la Iglesia para los difuntos. Al público se permite entrar, y debe dar la vuelta al salon con religioso silencio, llevando siempre la derecha, para guardar orden.

oportunidad, y nunca con la profusion que pudiera calificarse de ostentosa, sin olvidar los ausentes, pues que los anuncios llenarán el vacío que dejen las tarjetas; y el cariño de los parientes, y la lealtad de un íntimo amigo podria resentirse suponiendo que necesitan de invitacion para llenar su mas caro deber.

Ninguna persona así invitada debe rehusar el último tributo á la amistad, ni dejar de manifestar en su trage, palabras y compostura, la parte que toma en el sentimiento de la familia. No es solo el amigo y el pariente el que ora descubriéndose ante la tumba que guarda el frio cadáver. El respeto y la admiracion, la gratitud, el reconocimiento, la piedad, las deferencias de la gerarquía social, la memoria sagrada de los muertos, la sucesion recíproca de los respetos humanos ante las generaciones, el ejemplo de virtud y de humildad con que el hombre acata los decretos de la Providencia, y reconoce que todos tienen un mismo fin y comun origen, como todos fueron redimidos en una Cruz, inclina á formar parte de una comitiva que devuelve al seno de la tierra lo que de tierra fue hecho por Dios.

Los invitados á la fúnebre comitiva, que en pueblos grandes se compone solo de hombres, y en los pequeños de ambos sexos, se dirigen, momentos antes de la hora, á pie ó en coche, segun la invitacion, á la casa mortuoria, donde se disponen previamente locales separados para recibir á señoras y caballeros. Si la persona objeto de la solemnidad merece honores públicos, los respectivos cuerpos y funcionarios del Estado se presentan á rendir el último testimonio de respeto, segun las ordenanzas y honores ¹.

¹ En el cortejo fúnebre de un general, por ejemplo, abre la marcha un piquete de caballería, sigue una batería, á esta el mayor de plaza, acompañado y seguido de un cuerpo de infantería, con música ó sin ella: vienen luego los caballos del finado, cubiertos de negras

Al entrar en una casa mortuoria, no se saluda ni se habla, y el silencio no es interrumpido hasta que el cortejo fúnebre se pone en marcha.

Si la comitiva parte en coches, se dirigen al templo ó campo santo, siguiendo á la Cruz el féretro, colocado sobre una carroza, y del que penden cuatro ó mas cintas ó gasas, que sostienen en sus manos, marchando á los costados, personas distinguidas en las letras, artes, armas ó ciencias. Al féretro siguen los coches de las autoridades, parientes, duelo y amigos, cerrando el resto de la comitiva. Depositado el cuerpo, la comitiva vuelve por el mismo órden al punto de partida, sobre todo las autoridades y personas del duelo, que se despiden ofreciendo sus respetos á la familia.

Cuando no median altos y públicos honores, y el cortejo fúnebre marcha á pie, como en los pueblos pequeños, la comitiva marcha en silencio, guardando el mismo órden, y el respeto debido al espectáculo mas grave de la vida. El duelo preside con frecuencia y en muchos puntos la autoridad local; y si asisten las mujeres, y entre ellas algunas parejas visten de duelo ó de beatas, estas cierran la marcha.

Al llegar al templo, no faltan pueblos donde la comitiva, y sobre todos los parientes y amigos de íntima relacion que forman el duelo, hacen apuntar en mesa, al efecto dispuesta, cierto número de Misas que cada uno destina en sufragio del finado.

mantillas: cruz y clero: gran número de individuos de todos los cuerpos, capellanes y armada, rodeando el féretro, y llevando grandes hachones: sobre el ataúd, llevado por individuos distinguidos de tropa, se colocan la faja, sombrero y condecoraciones, y cuelgan cuatro gasas, que las llevan gerarquías de la milicia, á cuyo lado marchan los ayudantes del finado: siguen los jefes de la plaza, duelo y comitiva, quizá una música, y cierra un piquete de caballería. La tropa cubre la carrera, y tributa los honores, y la artillería hace las salvas de ordenanza.

Una vez en el templo, los asientos de preferencia se suponen ya los mas cercanos al féretro, ya los mas distantes en el cuadro de bancos que en el centro de la nave se forma para la comitiva, y varia, en fin, en cada pais. La categoría en los duelos no lo establece la edad ni la posicion, sino la proximidad en el parentesco; pero es comun dar en él un lugar de preferencia á las dignidades eclesiásticas, civiles ó militares.

Forman el duelo los deudos, y á su instancia las personas que un vínculo estrecho y decoroso los una á la familia. El padre, madre ni hijos deben asistir al entierro, y como regla general, ningun pariente que, profundamente conmovido, no se sienta con fuerza para sobreponerse al dolor. En los divinos Oficios preside la persona ó personas del duelo: próximos á él toman punto los parientes, y los demas se colocan por el órden de categorías. En las ceremonias de la Iglesia, para sentar ó levantarse, se sigue al clero; pero como regla general, se levanta en la leccion que canta el *preste*, y en el *imvistorio*, y se sienta en los *Salmos*.

Concluidos los Oficios, y sea que el duelo se despida en el templo, en el vestíbulo, en la casa mortuoria, ó acompañe al cadáver hasta la inhumacion, los del duelo guian al resto de la comitiva, la que se despide, rezando un sacerdote ú otra persona del duelo un *Parter noster per anima ejus*, y concluyendo por invocar el eterno descanso con el *Requiescant in pacen*.

No todos los concurrentes deben retirarse. Aquellas personas que por sus relaciones íntimas se crean en el deber de ofrecer sus respetos y renovar sus simpatías, segun los casos, lo hacen personalmente y en el acto, saludando á la familia con una espresion muda de dolor ó un apretón de manos, únicos medios admitidos en los momentos en que las espresiones mas escogidas no sirven mas que para renovar la memoria y aumentar la pena y el dolor.

El día de los aniversarios es para la familia un nuevo día de dolor, y los parientes y amigos deben consignar el testimonio personal á la memoria del que lloran perdido, evitando todo acto ó idea de placer, contrario á los sentimientos de decoro y humanidad, ante el canto fúnebre y fúnebres restos del amigo que guarda el sepulcro.

En algunas provincias de España se ven todavía en estas tristes solemnidades algunas plañideras ó personas encargadas de llorar, y mas que llorar, gemir durante los Divinos Oficios. Parece increíble que en un país cristiano, y entre gente que se precia de culta y civilizada, se espese el dolor, y en medio del Santuario, con un llanto pagado, mercenario; con ayes y contorsiones hipócritas, con gemidos falsos, y que la lágrima, espresion respetable, tierna y piadosa de un alma dolorida, se preste á hacer del llanto una vil especulacion en el mismo templo del Señor.

Ningun cristiano, que de tal se precie, ni ninguna persona bien educada, ignora el respeto que se merece un cortejo fúnebre al pasar por nuestro lado, para descubrirse: ni el acto de religiosa piedad que impone un cuerpo de presente; ni el tributo religioso que evoca en un alma bien nacida un monumento que encierra restos de nuestros semejantes.

Alguna vez hemos asistido á las profanas ovaciones que se han permitido en el panteon de los muertos; pero nunca hemos escuchado un motivo, no ya que los justifique, ó una razon que los escuse, ni un medio que pueda conciliar aquella profanacion, con la santidad que el cielo y la tierra de consuno consagran en aquel recinto. Si la amistad fuera el único móvil de celebrar la memoria de una persona querida, de tributar respeto á una celebridad, ó á una acrisolada virtud, á un coloso de la tribuna, ó á una gloria del Estado, mil medios ofrece el mundo para llenar con el eco brillante de sus grandezas

los ámbitos de la tierra, sin que se profane la santidad del lugar, convirtiendo el circo de las tumbas en arena de pasiones, en academia de tribunos, que con el ardor de la fantasía peroran con erguida frente, con galana diccion y acentos levantados ante el trono marchito de un cadáver. No es, no puede ser fruto de exaltado misticismo, porque iria á caer de hinojos al pie de los altares y regar de lágrimas la losa fatal en la soledad y el retiro: no es la oracion pura y sencilla de sencillo y humilde corazon que dirige su plegaria para que lleguen al trono del Altísimo, puro de toda ambicion, de todo interés de ovacion mundana. Y sin que sea nuestro objeto penetrar en el sagrado de las intenciones, para arrojar nada ni á nadie la acusacion que pueda mancillar una intencion quizá sana y santa, no se concibe qué es lo que se va á adular en el borde de una tumba, alrededor de aquel sólio que cobija un cadáver, y donde acabando el mundo principian la luz y la eterna verdad.

Tanto como es respetable el dolor, causa estrañeza el fausto y el orgullo en el recinto fúnebre y sagrado. Mientras los ojos arrasados en lágrimas bajan la cabeza y se llora la nada de la vida y las miserias del mundo, el corazon ya despierta á la vanidad, y so pretesto de rendir tributo á la costumbre, ya se piensa en epitafios con impertinente lujo de palabras pomposas, ora en soberbios mausoleos de rico jaspe levantados quizá por un hijo ó un mercenario que con ese testimonio de dolor se cree al abrigo de la censura para olvidarlo impunemente. Si ha sido grande en vida, la muerte le hará justicia, y quizá un mal verso ó una prosa peor cause la risa del que, al pasar ante el nicho de nuestra veneracion, se hubiera descubierto á la vista del signo solo y sencillo de la redencion. Si ha sido grande por sus virtudes, y la humanidad le tiene inscrito entre sus glorias ó bienhechores, una cruz para que los mortales oren, su simple nombre para

que todos lo lloren, y una flor de siempreviva bañada en lágrimas y en santa oracion, para que sea acepto á los ojos del mundo y de Dios.

Que al celebrar en el templo los sufragios se eleven decoraciones fúnebres de pompa y majestad; que el aroma embalsame las bóvedas y suba al cielo envolviendo las preces; que una Misa, solemne de suyo, sea ofrecida entre muros sagrados exornados prodigiosamente, y cantos llenos de armonía y sentimiento elevan el alma... pase; pero llevar el orgullo mas allá de la tumba, ostentar riqueza, grandeza, poder, vanidad, ante la losa, ante el polvo, ante el trono marchito de un cadáver, es, diremos de una vez, no vituperable, si es el fruto de tierna piedad y de levantado afecto de eterna gratitud, pero sí costumbre que arrastra la sublime sencillez del cristianismo hácia una costumbre pagana; es el espíritu pagano é idólatra que se corona, teniendo á sus pies y en el mismo recinto sagrado del cristiano las humildes máximas del Verbo que hicieron grande la tierra.

Vamos á pasar de ligero ante otra costumbre que motivan los entierros y aniversarios; costumbre tan soez é inmoral, que al verla que va desapareciendo se despierta á la esperanza y se hacen votos para que se hunda en eterno olvido.

Es inhumano, un ultraje á la memoria de un difunto, celebrar sus funerales en medio de un banquete. Esta costumbre, resto impío de la idolatría, existe en algunos puntos de España: pero lo que no existe en nuestro vocabulario es, una frase asaz terrible para condenar una bárbara comilona conmemorando la muerte.

Apenas han callado los cantos sagrados, y el cuerpo ha sido depositado en el sepulcro, la comitiva, como negra banda de cuervos, van á saciar el apetito á la casa mortuoria. Allí se ofrece á la familia que llora la pérdida de un objeto adorado, el tormento de ver en su casa, en

los momentos mas terribles de su dolor, una reunion numerosa, llena de indolente indiferencia, que conversa, que rie, que celebra los chistes, la sátira, los equívocos, las irónicas gracias de cada cual; y que ofrece el horrible contraste de la alegría y los placeres de una espléndida mesa, de una suntuosa comida, dentro del recinto enlutado y tétrico, en medio de una familia desolada, mezclando el humo que han dejado los hachones alumbrando el féretro con el aroma de los licores que embriagan de placer. En nombre del espíritu de la Iglesia, en nombre de la memoria sagrada de los muertos, y en nombre de las virtudes que embellecen el alma y enaltecen el corazón, mil voces claman contra esa costumbre horrible, contra esa mancha que afea quizá la vida de pueblos sencillos, puros, y de una moral levantada y ejemplar. Y no creemos invocar en vano los sentimientos de humanidad y Religion que atesoran las personas influyentes, y los virtuosos sacerdotes, para esperar confiadamente que desaparezcan pronto esas fiestas de la gula y de Baco, que embotan el alma ante el espíritu de una memoria sagrada.

El traje, ó signo exterior y ostensible de duelo ó luto, es de rigor, es un deber que se ha impuesto el mundo siempre y por do quier para espresar el dolor. Y es tanto mas riguroso, cuanto mas cercana haya sido la persona que se llora, y mas próximo el tiempo de la desgracia. Así que un padre, una madre, un hijo, una esposa, visten luto riguroso de lana ó paño por espacio de un año, con el alivio. Las costumbres locales son siempre dignas de respeto, y es preciso rendirlas tributo. Las viudas, por regla general, visten luto por dos años, incluso el alivio. Por abuelos y hermanos se lleva seis meses. Por tios y niños tres meses; pero puede haber altas razones de gratitud que exigen un testimonio de dolor mas prolongado. Por un primo se enluta y priva de espectáculos, al

menos los días del novenario. Los viudos que contraen matrimonio, dejan el luto desde el momento de los nuevos esponsales. Aunque en la *Cuarta Parte* nos ocuparemos de los trages, creemos oportuno recordar aquí, que sin perjuicio de aquella gracia que comunica elegancia al vestido mas sencillo ó serio, las viudas deben omitir todo aquello que pueda comunicarle algun carácter de lujo con las formas que da la moda ó el capricho. Este traje, ya de riguroso ó de medio luto, debe tener por único objeto cubrirse con honestidad, y no el de realzar las gracias por medio de un exterior rico y elegante. Hay países en que las familias que blasonan de ricas ó nobles, cubren de negro los escudos que ostentan en las fachadas de sus casas antiguas ó solariegas. Haciendo un esfuerzo sobre nuestra voluntad, relegamos al silencio la historia de esa preocupacion, por no herir susceptibilidades.

La familia no recibe en casa en los primeros seis meses, ni asiste á reuniones donde haya canto, sarao y baile; ni á los espectáculos y paseos; ni devuelve las visitas hasta el alivio; y no se pierde el carácter de luto hasta el tiempo del último aniversario, aunque se haya celebrado dentro del novenario.

Las visitas íntimas de la familia que frecuentan la casa enlutada, cumplen la visita de pésame á luego del novenario. Es preciso conversar con tacto especial. Invitar á paseos ni á distracciones, seria altamente impolitico; comentar los espectáculos, las modas, y las celebridades que hacen furor ú ofrecen admiracion, seria faltar á un respeto, ante el que toda idea de placer debe callar; y una persona bien educada eludirá todo recuerdo hácia el objeto porque viste de luto la casa, y no descenderá jamás ni remotamente á los secretos pensamientos de ulteriores proyectos, que por el pronto siempre causan tormento y humillacion, y envuelven mas ó menos ultraje á

la primera fé jurada, y una profanacion á una memoria respetable.

Las personas ausentes que han sido objeto de cartas ó tarjetas, participando la desgracia, deben visitar á los parientes del finado ó su familia, si tiene en aquella poblacion, y contestar oportunamente, con frases que sin ser rebuscadas, espresen en pocas palabras el tierno sentimiento de un pesar sincero y profundo.

Los padres ante los hijos , y los hijos ante la familia y la sociedad.

LA familia, mas que el compendio de la sociedad, es imagen viva y elocuente de la humanidad.

Su vida es la vida del mundo, y el mundo bien educado es el espectáculo admirable de la naturaleza , que guiada por mano, mas que invisible poderosa, brinda con majestad y orden á la alianza de almas templadas en los mas altos sentimientos de la virtud.

El porvenir de la sociedad se lee, se ve y vaticina, escuchando la doctrina que derrama, que impone, que representan los padres ante los hijos, al formar su mente, su corazon, su alma. Hé aquí el taller de la sociedad en el seno de la familia; hé aquí donde se labra su grandeza y poder, como su corrupcion y decadencia; donde se prepara su mal ó su felicidad.

Para probarlo hasta la evidencia , yo no tendria mas que interrogar la historia. Mas ya que no puedo invocar-la en mi auxilio, toda vez que no es la senda que atravieso hoy , escuchadme propicio dos palabras.

Yo levanto el sudario que cubre aquellos célebres tiempos, en que á pesar de los grandes hombres del Li-

ceo, del Pórtico y la Academia, se santificaba el crimen, se divinizaba á los verdugos de la humanidad, en que se prodigaban los tremendos sacrificios; y veo marchito con hálito impuro de perdicion el seno del hogar, donde las madres, ahogando el grito de la naturaleza, degollaban á sus propios hijos. Yo descorro el velo de los acontecimientos de la caída del imperio colosal, y contemplando la sociedad tal cual salió del centro de aquellas famosas ruinas, la sigo en medio de las espantosas revoluciones porque ha atravesado en el espacio de quince siglos, y veo una familia decrepita que desaparece dejando una memoria manchada con la degradacion del género humano. Yo quiero revestir con el testimonio irrecusable, una era, un siglo, una generacion: yo quiero interrogar todas las edades que el tiempo ha hundido en la sima de la eternidad, y en ese cuadro de los acontecimientos, que ora ha llorado, ora celebrado el mundo, siempre que la sociedad ha ostentado una grandeza material, moral ó intelectual; siempre que un trayecto de la historia ha gozado de ciencia, religion y virtud, que forma la atmósfera de los pueblos grandes; siempre que inspiraciones levantadas han dulcificado sus costumbres, y consolado á la humanidad, ilustrando los espíritus: veo que el seno de la familia no está subyugada por feroz tiranía, no respira en el fango de pasiones brutas; veo que no carece de actividad intelectual, de sentimiento moral, de inspiracion religiosa, que hace latir su pecho á impulsos de levantada dignidad: que no postra su rodilla ante ídolos infames, y que se apresta á regenerar el mundo abrazando el entusiasmo por la virtud, el heroísmo en el campo de la humanidad, la fé en la inmortalidad; que hacen al alma honrada, al corazon sensible, al entendimiento justo, á la razon sana, y á la familia el lábaro que colma de grandeza, poder y felicidad, la patria y la sociedad.

Ahora bien: los padres ante los hijos, la familia ante la sociedad, es un pequeño Congreso y un poder deliberante y ejecutivo que observa las tendencias sociales; que se encamina hácia los medios de mejorar llenando sus deberes; que perfecciona la educacion y generaliza la instruccion; que estendiendo la vista por las artes y las necesidades, y determinando su mision para labrar el porvenir, aumenta las riquezas, y asegura el modo mas feliz de librar en ellos su felicidad. Mejora así la condicion moral como la intelectual, y con una conciencia pura, una inteligencia embellecida, y una vida honrada, que son las manifestaciones de la actividad humana entre los pueblos civilizados, hace la confederacion de la verdad, la justicia y la ventura, grandeza de la sociedad.

Los padres al tener hijos, no están mas que al principio de su cometido; al criarlos, están al medio de su mision; al educarlos, pagan el tributo social, levantando los corazones á la dignidad humana.

Dos períodos bien marcados hay, pues, ante el derecho y el deber paternal. Es uno el de la *memoria*, que se despierta desde la mas tierna edad; es otro el de la *reflexion*, que alcanza hasta el descenso de la vida. En el primero se cultiva el corazon; en el segundo se ilustra el espíritu. A la educacion pertenece el primero, y el segundo á la instruccion. La naturaleza, de consuno con la razon, encomiendan á la *madre* el primer cometido, seguros de que ella, que posee en grado eminente las santasafecciones de la familia, revestirá los tiernos corazones de su prole querida de aquellas virtudes domésticas y privadas que son el signo infalible de las virtudes públicas. Los destinos sociales que reconocen en el padre facultades superiores, y la posesion de afectos levantados de patria y humanidad, que ligan á los hombres por la instruccion en las ciencias y las artes, y por inspiraciones de abnegacion conducen á la fraternidad de los hombres

y á la civilizacion de las naciones, al padre le está reservada la mision del porvenir por la instruccion, sin la que es mas que oscura, confusa la idea del bien y del mal, de la virtud y el vicio, y hasta la nocion misma del cielo, como lo atestiguan á la faz del mundo y de la historia esas generaciones que moran en las selvas vírgenes de la Polinesia, que á favor del furor ciego y estúpido de espíritus cubiertos con la mas negra y terrible ignorancia revelase la profunda depravacion, cuyo solo recuerdo conmueve nuestras almas.

Oportuno y muy propicio fuera este momento para dejar correr la pluma, proclamando la grande, la inmensa importancia social de la educacion de la mujer, en el estado actual del mundo; pero esto nos llevaria muy lejos, tan lejos, que podia agotar las páginas de todo el libro ¹.

Vamos, pues, á considerar al padre y á la madre en el cumplimiento de sus respectivos deberes ante sus hijos, y á consignarlos por separado lo que constituye el título mas glorioso de su estado, usando al efecto, no tanto un estilo que seduce, cuanto un lenguaje franco que atrae, se aprecia y estima.

¹ Está tan arraigada, y es tan profunda y general la conviccion acerca del poder y la influencia de una buena educacion, que creemos oportuno dar á conocer en pocas palabras una escena que acaba de presenciarse en el Parlamento ingles. Con motivo del matrimonio del Príncipe de Gales con la Princesa Alejandra de Dinamarca, celebrado en medio de magníficas fiestas desde el 6 al 8 de marzo de este año, un honorable miembro preguntó á lord Palmerston si la prometida del Príncipe era *protestante*. El célebre hombre de Estado le contestó, que la Princesa era muy graciosa y muy amable, y sobre todo *bien educada*, y tambien *protestante*. Es decir, que el gran ministro le dió á entender, que siendo *protestante*, bien podria ser mala; pero siendo *bien educada*, seria buena esposa, buena madre y buena Reina. Esta contestacion arrancó los bravos y aplausos de toda la Cámara.

La madre educando.

MADRE! si humanizas á tu hijo, divinizas al mundo. Este axioma, que sobrepuja las fuerzas de mi diction, es el iman que atesora tu poder, y con el poder la felicidad del hombre en la mansion de la tierra. Es el triunfo que enaltece tu alma y que embellece la vida: sí, humanizar el génio es divinizarle.

El campo hermoso y puro del amor maternal, está lleno de triunfos pacíficos en los dias que atravesamos. Cuando la madre oprime sobre su pecho la cabeza del ser querido de sus entrañas, no lee hoy impreso en su bella frente el destino de impía condenacion: lee, sí, que el cielo ha regenerado el mundo, y que el mundo regenera al hombre por la ciencia y la virtud.

El espectáculo que la madre inaugura desde los primeros acentos que balbucea su hijo, es una cruzada gloriosa, que anuncia para el niño los albores de una era de paz por el amor al trabajo, de felicidad por el cariño á la virtud.

Huyeron para siempre, apenas se divisan ya en lontananza, aquellos tiempos de noche horrenda, sombra del averno, de dolorosa memoria, en que el inocente niño

era condenado á humear sobre la pira del sacrificio, y el ángel riente ¡ángel de inocencia! dejaba el regazo de la madre, muerta de dolor, para ofrecerse en holocausto á un dios, baldon de aquellos tiempos y afrenta de la humanidad. Pero hoy, que la sociedad mece á la madre en el seno del respeto mas levantado, de la moral mas pura, y de la Religion mas divina, ve en el niño, como en el anciano, al ángel que cubre el amor y el respeto, y de los que hace el derecho y la justicia un santuario inviolable. Hoy la madre puede y debe inspirarse en los destinos de la humanidad, y en las aspiraciones de una vida feliz, enseñando con la palabra y el ejemplo las verdades divinas que constituyen la filosofía que no conoció Platon, el destino del hombre que confundia á los sábios de la Grecia, y que resume en dos palabras la doctrina de los Patriarcas y Moisés.

La ignorancia asume todos los males que afligen á la humanidad: la ignorancia infama el cuerpo y corrompe el alma. ¡Cuántos infelices que habrán subido afrentoso patíbulo, habrian sido virtuosos, y hubieran dado quizá dias de gloria á la patria, si una madre con buena y sólida educacion les hubiera enseñado á odiar el vicio y amar la virtud, les hubiera dado la conciencia de lo justo y de lo injusto, del bien y del mal, arrancándolos de los torpes impulsos de una vida execrable que arrastra al crimen!

Vastas son las miras de la Providencia; inmensos sus proyectos. Quiere que la madre marche con la misma majestad, á hombros y á la par de su mision civilizadora; quiere que alcance á merecer las bondades divinas y humanas cultivando aquella centella del Espíritu divino que el cielo ha infundido en su amante fruto, y que lo haga trasmitir segun la creencia del género humano, hasta la consumacion de los siglos. Y este es el hecho infalible de la historia, y esta la idea que hiere la imagina-

cion, cuando se pronuncia la palabra civilizacion, palabra que custodia las inspiraciones de toda una eternidad.

Dos tipos de madres se ofrecen ahora á nuestra imaginacion, y los daremos á conocer en pocas palabras.

Madres hay que no pueden vivir fuera de las tempestades que atesoran las grandes pasiones, la adoracion de las gentes, el brillo de la grandeza y el poder, de la fortuna y el placer; madres que fuera de este círculo, donde se respira el aliento de las tormentas y de encrespadas pasiones, viven como en un desierto; madres que no adoran ni quieren mas luz que la luz que despiden los sentimientos exaltados; atmósfera do se vive y agita en eterna lucha; do se busca el ruido, la tempestad, el combate, y una region donde la vanidad inclina mil frentes; do el orgullo reina y se cierne como diosa del espacio sobre nubes de voluptuosa indolencia... Y hay madres de bondad angelical, que cifran su dicha en la dicha del hogar, cuya ambicion está eclipsada en el amor del hijo y del esposo; cuyo cariño conquista erigiendo altares á la santa virtud, que es la vida del hogar, y donde la paz y la felicidad triunfan hermoseedas por un bello corazon de esposa y madre. Esta madre, que luce, brilla y se ostenta en todo su esplendor, en aquel teatro de sus triunfos levanta aras á la felicidad doméstica, y cual deidad social, rodea á sus hijos, infúndeles un alma, infundiéndoles afecto entrañable al padre, amor á todas las criaturas, inclinaciones al bien, y dirigiendo sus pensamientos al cielo, se postra ante Dios, fuente de toda grandeza, de todo poder y de toda felicidad.

El tipo de nuestra predileccion no es, pues, la madre que tan solo puede vivir en la region de las tormentas y cortesananas adulaciones: es, sí, la madre de alma elevada y pura, que, con un carácter dulce y bondad inmaculada, arranque del hombre y de la sociedad amor y eterno reconocimiento.

Esta madre no tiembla ante su mision, no se espanta por su difícil cometido; antes bien, lo mira de frente, y se abraza á él con uncion santa, segura de la victoria.

Emprende una tarea difícil, pero por lo mismo gloriosa. Si educa mal á su criatura, la hará apurar hasta las heces la copa de amargura, y ulcerando tambien el corazon del padre, llenará de rubor á los que le han dado la vida, marchando siempre al borde de estúpidas pasiones hasta caer en el abismo de perdicion: si lo educa bien, será el ángel de felicidad, un signo de concordia, el orgullo de la familia y la esperanza de la patria. En pos de la mala educacion, un misterio de dolor ante el cual el corazon de madre se rasga de dolor: en pos de la buena educacion, el genio tutelar de la felicidad, colmando de consuelos el seno de la familia.

Ante esta perspectiva tan sombría y terrible por un lado, y por otro tan seductora y llena de gracias y gloria, la madre debe bendecir su alta mision, y jurar cumplirla ante el cielo para bien de la humanidad.

Nace la criatura, y Dios, que inspira á la madre el amor puro, objeto divino de la sociedad conyugal, debe nutrirla á sus pechos, pues por eso y para eso la naturaleza ha llenado de leche el seno de las madres¹, y debe

¹ Una matrona griega hizo lanzar al hijo la leche que habia mamado de una mujer estraña; y sabido es que la madre de San Luis no consintió que otra mujer le usurpara el título de madre que le dieran Dios y la naturaleza. Muchos ejemplos de estos se podrian citar. La mejor nodriza es siempre la madre; y si bien una mujer mercenaria puede y debe intervenir en obsequio á la criatura, cuando la madre es débil, la obligacion de la madre no debe cesar como regla general hasta que la naturaleza haya cesado de alimentar su seno. Las madres no deben olvidar este deber moral; y que la influencia de las impresiones morales de la madre es tan grande, que se ha visto quedar muerta una criatura en los pechos de una nodriza en el acto de recibir una terrible impresion de disgusto: y si esto puede ocurrir pocas veces, muchas y casi siempre una criatura mama con la leche el temperamento, las inclinaciones y hasta defectos notables de la nodriza.

cultivar en su regazo la centella del espíritu que le infunde el cielo. Así, cuando el labio pronuncie y la mente invoque la noble figura de una buena madre, la conciencia de hijo forma una especie de culto para ese título. Así unidos el hijo á los padres por un amor que enlaza la familia, y con la familia la sociedad, dejarán caer una corona de respeto sobre la cabeza de la madre.

Tanto es así, que en ese teatro donde se examinan todos los tipos de la naturaleza, todos los personajes y todo lo que el sol alumbra y pueda saciar la curiosidad ó la maledicencia, nunca jamás ha salido á la escena una madre que amamante su hijo, ni jamás pluma alguna ha osado manchar este hermoso tipo.

La maternidad da á la mujer un amor tan grande, una abnegacion, un heroísmo tan inmenso, que ni el tiempo lo estingue, ni la edad lo desmerece ¹.

La madre que traslada su hijo del seno al regazo; la madre que le vela, que vigila y guia; la madre que sorprende los secretos de su carácter y de su corazon en la inocencia de sus primeros gestos, la madre debe ser la primera directora del fruto de sus entrañas; y maldicion

¹ Infinitos son los rasgos de sublime abnegacion maternal. Estos dias ha ocurrido tambien el siguiente en un puerto del Océano. El patron de una barca amarró á la orilla para pasar la noche, y se retiró á dormir, como tambien su mujer, de 29 años de edad, y una hija de seis. A luego un ruido le hizo estremecer; se levantó, vió que la barca estaba abierta, y que no habia que perder momento, porque el bote iba á fondo. El patron arrojó una mirada á la esposa y á la hija, y viendo que no podia salvarlos á la vez, cogió á la mujer y se lanzó hácia la orilla: pero la mujer, vuelta en sí de repente, exclamó: «No, no, ante todo mi hija;» y arrancándose de los brazos de su marido, se lanzó sobre la barca, se abrazó á su hija en el instante que zozobró el bote. El patron hizo heroicos esfuerzos por salvarlas, y agotadas sus fuerzas, fue sacado á la orilla por personas que acudieron á sus gritos de angustia. Instantes despues retiraban el cadáver de la jóven madre, que tenia estrechado sobre su pecho el cadáver de su hija.

á la ley que le arrebatava los seres que nutria en su seno maternal.

Desde que la madre abraza la hermosa tarea de la educacion, que debe ser desde la cuna, ya no puede ser vana, no puede ser frívola ni caprichosa. La presencia de la madre al lado del infante, debe ser una leccion viva y constante, cuyo primer adorno debe ser el ejemplo. En la grandeza de su alma debe hallar el valor de este sacrificio, y en su ternura la noble emulacion que la levanta á la altura de todos sus derechos.

No basta plantar un árbol; es preciso cultivarlo, porque si crece torcido, todas las fuerzas humanas no evitarán los vicios de su deformidad. Y así como á fuerza de educacion la hiena se amansa, y el criminal retrocede horrorizado ante los instintos feroces, la madre, con la educacion, hace al niño dulce y amable, le arranca el orgullo nutriéndolo de bondad, para merecer la estimacion de cuantos le rodean, y sembrar el gérmen que hace buenos hijos, buenos padres, buenos esposos, buenos parientes y amigos, y buenos ciudadanos.

Desde los primeros momentos debe inspirarse en la educacion la dignidad de la nobleza; no esa nobleza, que pintada en el blason sobre un pergamino no da mas valor á la persona que una lujosa encuadernacion al mérito del libro. Si los antepasados fueron hombres eminentes; si el abuelo ilustró su nombre con sabiduría; si el padre esclareció el suyo con sus talentos y hechos memorables que honren su cuna, el hijo bien educado sabe que la gloria es del que la merece, así como el crimen del que lo comete. No el testamento ni la sangre transmiten el derecho á los respetos humanos, como no se conceden al hijo disipador las virtudes con que su padre allegó tesoros, crédito y poder. La nobleza existe en todas las clases, y se distingue por la pureza de los sentimientos, por esas tradiciones de honra, probidad y deli-

cadeza visibles en la palabra como en la accion, en los sentimientos como en las maneras; en esa dignidad natural, que poderoso, á nadie desprecia; grande, á nadie humilla; rico, á nadie ultraja; alto, á nadie rebaja; pobre, á todos respeta; y que siendo refugio de piedad y de integridad, levanta su espíritu en pos de la verdadera nobleza, que es la virtud, y brilla en glorias puras, glorias incompatibles con las pasiones que sumen en la indolencia y en la insensibilidad del alma y de la mente.

Es imprudente, y tal cual vez temerario, la vanidad de madre que espone la salud del hijo á una instruccion prematura. Una niña *ilustrada*, un niño *decidor*, una tierna criatura, en fin, de precoz instruccion, y cuya razon se adelanta á favor de asiduo trabajo, y de un celo indiscreto, es un punto de orgullo que puede costar muy caro. Estos progresos intempestivos, que poniendo á prueba la salud, atraen el tedio, y quizá el ódio hácia los bancos de la escuela desde la mas tierna edad, son de un gusto pésimo, y pésimos efectos.

La razon, la reflexion y la memoria, como la educacion fisica, moral é intelectual, tienen su época, su tiempo, su era de ser, de perfeccion y madurez. Son leyes de la naturaleza, que exigen respeto. Hasta la edad de siete ú ocho años no deben ponerse á prueba las fuerzas de la inteligencia. Antes de esta edad deben embargar completamente el desarrollo fisico y moral del niño, arraigando los sentimientos de obediencia, respeto y amor. Que no olviden nunca las madres, que al par de la educacion moral, la gimnasia y la higiene son de suma importancia, alguna vez decisivos en la salud del cuerpo, y sin lo que la inteligencia decae, los sentidos se embotan, y las fuerzas del espíritu sufren impotencia cruel.

Las primeras palabras de una criatura, deben ser las primicias de adoracion al que en las maravillas de la tierra y el firmamento hace gala de un poder Omnipo-

tente; Dios: y desde los primeros albores de su inteligencia, enseñarle tambien á que sus tiernos labios nunca jamás pronuncien esa palabra, que es la única degradacion de la dignidad humana; la mentira.

La madre, tomando consejo de la prudencia, no debe tolerar desde la mas tierna infancia, so pretexto de *gracias*, ciertas libertades, que evocan la insolencia; ciertas *travesuras*, que rayan en descaro hácia pobres, ancianos y sirvientes, que la santidad de caridad cristiana manda respetar. No debe tolerar que su tierna boca, ni aun su mente, se recree en examinar ajenas vidas, juzgar intenciones, y como ruin maldiciente, penetrar hasta el santuario de las familias, para robar con el chisme la fama, y con la fama la paz, bienes y honra. El niño que contribuye á sembrar negra adversidad allí donde reinaba la alegría, ni deja el consuelo de pagar el mal con el arrepentimiento, porque la fama, una vez empañada, podrá curarse, pero no borrar la cicatriz que queda indeleble.

Cuando la madre descubra en el tierno corazon de su criatura un átomo de esa vanidad que nos induce al desprecio de los demas, ese primer destello de la soberbia, debe ahogar este vicio en el acto y sin compasion, para que no brote el orgullo, enemigo implacable de la armonía social. Cuando le vea sufrir por el bien ageno, debe sofocar sin perder momento, arrancando de cuajo ese vicio de la envidia que roe las almas y mata la caridad. Cuando el desórden de la razon, la ira, con infernal astucia asome en la criatura, no debe dejar rastro de ese veneno del corazon humano. Cuando á la criatura atormente el númen del averno con los vicios de la avaricia y la desidia, debe labrar á fondo ese jardin de malezas sin dejar una sola raiz; porque no de otro modo llenará la madre los secretos designios de la Providencia. Que siempre y do quiera despierte el genio, le cobige la virtud:

que jamás se inspire en la gloria sino cobijado por el honor; porque fuera de esta senda no hay felicidad en la familia, grandeza en los hombres ni poder en los pueblos.

Desde la primera edad la voluntad del niño debe estar sometida á la de su madre, y sus mas pequeños desmanes seguidos de oportuno castigo, para que convencido de la justicia que lo mueve, y ageno á todo impulso de ira, la obediencia sea fruto de su razon, y el arrepentimiento fruto de su amor, y no se abra el corazon al resentimiento. Las madres mal aconsejadas por un cariño que es ciega pasion, por un amor que no es amor, sino el olvido completo de sus deberes, rinden culto al mimo y al capricho, y escudándose con su ternura y con el cariño de madre, desprecian aquel átomo de veneno que seria fácil destruir, y que tomando cuerpo será una víbora que la hará derramar lágrimas de tardio arrepentimiento, cuando vea que ha criado un cuerpo para la molicie, un corazon para el libertinage, un alma que lanzada por las sendas de perdicion, hará apurar á sus padres la copa de hiel hasta las heces ¹.

¹ Las madres en mal hora hacen alarde de una debilidad que no es posible conceder, y menos ante criaturas que apenas saben hablar. Cuando las madres se ven contrariadas y quieren imponerse ante los niños, se les oye decir: «Cuando venga Papá se lo diré, y él te castigará.» Este lenguaje para el niño, es equivalente á este otro: «Mi mamá no se atreve á castigarme; luego puedo abusar de su debilidad;» y por desgracia, tiernas criaturas, se rebelan, aun levantan la mano y amenazan á sus madres, si bien con cierta timidez al principio; pero si el primer desman pasa sin correctivo, la insolencia toma proporciones, y el respeto y la dignidad de madres andan indignamente ultrajados. Y cuando los padres, avergonzados de tener un hijo insolente, vuelven por los fueros de su deber y de la dignidad de madre y castigan, entonces los hijos, y sobre todo sus esposas, se llevan malsimos ratos, ratos de que solo ellas son culpables. Repito y concluyo, que esa debilidad de madre no puede existir material ni moralmente ante los deberes que la imponen Dios, la sociedad y la familia, y con la que suelen acarrear muchos disgustos á la paz doméstica y al porvenir de sus hijos.

¡Qué autoridad la de aquellos padres que por no disgustar al niño mimado, discurren mil estratagemas para hacerse obedecer ante un peligro ó una golosina, ó ante un gusto ó un capricho extravagante, criando hijos tercos, llorones y mal educados!

El ejercicio de la autoridad materna debe ser persuasiva por la dulzura y la suavidad, pero firme, sin admitir discusiones que son pérdidas con quien no comprende ni debe examinar la trascendencia de lo que se manda. Si se permiten objeciones, pronto aparecerá, si no el espíritu de contradicción, el instinto de resistencia, que, exaltando el amor propio del niño, y agriando su carácter, llegará á la desobediencia, y de la falta de respeto á toda clase de calamidades. ¡Qué legado tan triste para una madre cristiana, y todo por lo que falsamente se da en llamar amor de madre, como si el inmenso amor de madre guardara veneno para el hijo de sus entrañas! No es el amor, es el olvido del amor lo que ciega, y tolerante y condescendiente hasta un culpable descuido, pierde á tantos y tantos hijos para llorarlos cuando ya sea tarde!

1 Diremos dos palabras acerca de la costumbre de tratarse padres é hijos de *tú á tú*. En vano hemos buscado una razón, un pretexto que justificase ó al menos escusase este *exceso* de familiaridad y franqueza. La inmensa mayoría de los que adoptan este tratamiento en el seno de la familia, lo hacen sin darse razón de lo que hacen; pero creyendo que envuelve algo que pueda explicar ó un origen, ó una aspiración á que tan propenso es el corazón humano, aun en los días en que los blasones no eclipsan la virtud mas modesta. Quizá se diga que es signo de cariño, y hasta se quiera justificar con el estilo con que nos dirigimos al cielo. ¡Bravo hallazgo! Si en tutear un hijo al padre consiste el cariño, ya tenemos la piedra filosofal del hogar doméstico, y por consiguiente, de la sociedad. Es una lástima que esta alquimia ó elixir no penetre la conciencia universal. El diccionario la definiría así: «*Tú*, signo infalible de cariño filial.» No habiendo absurdo que no se haya dicho en el mundo, nada extraño fuera contar este nuevo hallazgo.

La convención social ha creado las gerarquías, como ha creado los tratamientos en una escala gradual de respeto, y mérito y vir-

La madre debe inspirar en el niño el aseo, que despierta al decoro; la decencia, que inspira cierta dignidad de buen tono; el orden, el método y el esmero, que tan lejos de la afectacion como del abandono, forman un conjunto que se grangea la estimacion, ayudando sobremanera al carácter angelical que completa las bellezas del alma.

Como la criatura es propensa á adorar desde que siente, á admirar desde que piensa, y piensa y siente desde los albores de su razon, la fé debe caer en su tierna alma cual rocío que salva los campos. Desde la mas tierna edad debe ir tambien gustando la caridad y el amor al prójimo, viendo ó comentando esos cuadros de miseria humana que hemos bosquejado en el capítulo *La Caridad*, para que en plegarias de eterna gratitud al

tudes. ¿Y qué leyes han concedido jamás al hijo, ni ante el cielo ni ante la tierra, la misma autoridad y derechos, los mismos respetos y superioridad gerárquica que al padre, jefe de la familia? Y si el hombre se debe á la sociedad, ¿con qué razon falta á las conveniencias sociales?

Y la fuerza de ese abuso ni resiste á la razon mas insignificante, ni llena las necesidades de la vida. Un oficial de ejército, por ejemplo, tolera en casa el tuteo del hijo; pero este se guardará de tamaña libertad en filas. ¡Qué valor, qué conciencia de su mérito debe encerrar ese tratamiento, que se avergüenza ante un puñado de compañeros, y que lo prohíbe la ordenanza por considerarlo incompatible con el respeto de las clases!

Pero hay momentos en que el tuteo de hijo á padre despierta la idea de una familiaridad grosera, y como tal, execrable. Tal acontece cuando un mozalvete, discutiendo con calor con una desgraciada madre, y tratándola de igual á igual, de tú á tú, arma un altercado indigno en que profanando el respeto de la autoridad paterna, y en arranques de ira y despecho, se confunden el decoro con la procacidad; y el tuteo, nivelando al hijo con la madre, al inferior con el superior, ofrece un aspecto que condena todo corazón culto. Mil otras razones, á cual mas poderosas, condenan el abuso del tratamiento de que acabamos de hacer mencion, sin que una sola abone ante el respeto y homenaje debidos á los autores de nuestros días, ni ante las conveniencias sociales.

Eterno, y en miradas de misericordia al pobre, adorne su alma con santas creencias, aborreciendo el mal por el mal, amando el bien por el bien, y huyendo de atormentar aun á los animales, cuya costumbre pudiera hacerle cruel con sus semejantes.

Despertar debe la madre el corazon del niño á la compasion y bondad; á que tribute respetuoso cariño á sus compañeros; á que se muestre generoso, fiel á lo que debe y promete, para aprender á ser fiel á la fé jurada; que su palabra forme lazo indisoluble con su conciencia; y que en su dia cifre su mas alta dicha en conquistar un nombre por el trabajo, la estimacion por la probidad, y tenga el noble orgullo de merecer la gloria por la virtud y el honor.

Saben bien las madres que son juegos torpes, y ocasionados á crueles dolencias, cuando se hace miedo á los niños con cuentos de espectros, con fantasmas y figuras extravagantes, presentándoles de súbito en la oscuridad, ó al revolver de una esquina, para divertir ó infundir miedo.

Los niños tienen tambien sus pasioncillas, y exigen sumo cuidado de la madre. Es deplorable, por ejemplo, manifestar una marcada deferencia hácia un niño ante su hermanito. Estas distinciones imprudentes ocasionan celos y envidia tales, que muchas veces han causado enfermedades y aun la muerte.

Un fondo de bella educacion dice á la madre, que la dulzura de su voz tiene en la casa mas atractivo que los gritos, que la deslucen completamente, y que tanto mas se hará querer y respetar en el seno de la familia, cuanto mayor sea el sacrificio que haga en aras del decoro y dignidad de su persona. Pero la madre que, por asegurar la inocencia y el pudor de sus hijos, se cubre con noble y afectuosa severidad, y cuelga al mismo tiempo las paredes con cuadros que ofenden la mas ardiente

imaginacion, y cubre los veladores con libros que enfrían la cabeza y encienden el corazon, es muy culpable. Las artes tienen una fuente inagotable de imágenes á cual mas sublimes en la obra divina de la creacion para colgar la morada de la familia, sin ofender al pudor ni á la inocencia.

La buena madre, que de tal se quiera preciar, no debe, pues, perder de vista esa escuela, en la que la primera leccion, como la primera y última aspiracion, es tributar humilde y constante adoracion á Dios y á la virtud; en que un eterno testimonio de gratitud y respeto nos inclina cariñosos ante los padres; en que el culto á la familia nos eleva al culto de la patria y de la humanidad; en que un carácter de bondad y un celo afectuoso nos atrae el corazon de parientes y amigos; en que las gerarquías sociales se nos ofrecen como unos segundos padres que obligan nuestra veneracion y eterna gratitud; y en que, en suma, contempla á todas las criaturas como á hijos del cielo, con un origen comun, y comun destino en la eternidad.

Las madres que así hayan llenado su destino providencial, pronto verán llegar el dia de la recompensa. Sí, pronto ireis á la escuela ó al taller, al colegio y á la tribuna, y vereis á vuestro niño subir las gradas do le aguardan la autoridad y sus mentores, llenos de afectuoso cariño, para coronar su virtud, sus estudios y su talento. Le vereis adornar aquel pecho, al que teneis tanto y tan alto derecho, con la primera medalla, bautizo de su vida honrosa, que brillante de esperanza anuncia su felicidad, felicidad que llena ya desde ahora los corazones de los padres. Felicitaos: rodeados de parientes, amigos y admiradores, que hacen ardientes votos y aplauden al caro objeto de vuestro cariño cuando descende de las gradas coronado, para subir quizá un dia á los primeros puestos de las ciencias, de las artes ó del Estado. Todos los corazo-

nes, todo aquel auditorio y el mundo entero, es émulo de vuestro niño, y con trasportes de alegría bendicen la victoria de la madre, y al jóven victorioso que se acerca á vosotros á recibir el mejor premio de su triunfo, un abrazo. Abrid, pues, vuestro corazon á la alegría, que ya principiais á gozar de los dias venturosos con que ese niño *bien educado* embellecerá vuestra existencia.

Pero este digno y santo entusiasmo puede convertirse en acerbo dolor y tormento, si la madre no ha escuchado los consejos divinos y humanos. ¡Desgraciada la madre que se acuse de haber faltado á su deber ante la educacion doméstica, y desgraciada la sociedad que en tales madres deposite su porvenir! Hemos dicho que el niño mal educado hace apurar á los padres la copa de amargura hasta las heces, y que es un padron de afrenta para la sociedad; y hemos dicho que aquella frase de «amor de madre» con que algunos decoran su debilidad, no es amor, es el completo olvido del verdadero amor, porque de no ser así, habria que confesar que el amor de madre es la perdicion del hijo; y las leyes de la naturaleza se rebelan contra este horrible sarcasmo.

La madre que no evite á tiempo y con dulce severidad las simples travesuras del niño, tendrá que llorar infames travesuras que han de llenarla de rubor, cuando ya sea tarde; y todos los dias y por do quier se ven hijos maldecidos que con procaz desprecio insultan á una madre viuda, que, por un exceso de amor mal entendido, le crió sin reprenderle jamás por no disgustarle y no disgustarse.

Es muy comun oír esclamar á estas madres: «¡qué calamidad me ha enviado Dios con este hijo!» No, madres, no; no es el cielo, sois vosotras, es el fruto de vuestra mala educacion; no culpeis al cielo de vuestras faltas; si el cielo os castiga, es porque habeis faltado á las leyes que os impone el cielo, y sabed que las leyes del cielo no se infringen impunemente jamás, y que es una necesidad,

mas que hipócrita, culpable, la de creer que como se engaña al mundo se puede engañar á Dios.

Un niño terco y exigente, impertinente y lloron y mal avenido con la obediencia, la sumision y el respeto, es una viva acusacion contra la educacion de su madre. Y una jóven altiva, que no piensa sino en libar los placeres de los espectáculos, y coqueta, y con frente soberbia respira la atmósfera de voluptuosa indolencia soñando en la gloria de aventuras, es mas que una acusacion, es la afrenta, la condenacion de la madre.

Usando de un lenguaje familiar, y descendiendo á la vida práctica del hogar, diremos á las madres: al primer signo ó movimiento de desprecio que veais en el niño, castigadlo inmediatamente, si no quereis llorar infames vicios cuando se hayan arraigado en vuestro hijo: al primer llanto caprichoso de la criatura, haceos respetar en el acto, haciéndole callar, si no quereis criar un hijo mimado, insolente, que os haga llorar cuando ya sea tarde, el mal que han causado vuestras contemplaciones: á la primera palabra ó accion contra un sirviente, un pobre, un anciano ó un compañero, sed inexorables, y en el mismo instante, si no quereis criar un hijo grosero y despreciable: á la primera maldad, responded en el acto con un castigo ejemplar, como debeis premiar todas sus bellas inclinaciones. Tened presente, que un azote en la niñez le evitará una paliza de la pubertad y sendos escándalos de la mocedad; que un encierro en la niñez evita la cárcel en la juventud; que educándole bien, en fin, tendreis un hijo agradecido, envidiado y envidiable; que educándole mal, os maldecirá cuando lo llegue á conocer, por sus vicios que corrompen su corazon, que podiais haberle hecho feliz purificándole en tierna edad; y él mismo, en suma, maldecirá el primero ese amor mal entendido, que como he dicho, es el completo olvido del verdadero amor maternal.

El tesoro inapreciable de la paz doméstica está encomendada sobre todo á la madre: que no omita, pues, sacrificio por derramar esa felicidad. ¿Quién ni qué puede resistir á ese débil acento del cariño, levantado en aras del amor de una esposa virtuosa y prudente, de una madre afectuosa y tierna¹? Mas en la *Cuarta Parte* de esta obra consideraremos á la mujer bajo este último aspecto, procurando demostrar, que en la casa, más que fuera de ella, puede brillar las cualidades que la hacen respetable.

Ahora comprenderá la madre á qué precio y condicion la ha reivindicado el mundo su título mas glorioso, porque nuestra época ha desterrado la doctrina en que el anatema á la madre pasó de la ciencia á la ley, y de la ley á la bárbara costumbre de villana servidumbre. Y el hombre, al verla respirar libre y pura, ha sentido su razon dispuesto á abrirse á los sentimientos afectuosos de una compañera digna de él, y elevada á la igualdad por derecho divino².

¹ Cuando llegan los momentos supremos, las mujeres de nuestros dias escriben páginas brillantes para la historia. En la guerra tres veces santa con que Polonia invoca hoy su independecia, patria y libertad, los esposos de los bravos hijos de la mártir Polonia se ofrecen en holocausto por su fé, su amor y su gloria con un valor digno, levantado, heróico, en los campos de batalla. Intimidadas tambien las señoras en una ciudad para que la abandonasen, porque iba á ser asaltada por las bárbaras legiones de los rusos, sus verdugos, que están renovando hoy aun con mayor furia aquellos dias nefandos de devastacion y matanza, que trajeron sobre sí la execracion universal, aquellas mujeres han contestado: «Las mujeres polacas no abandonan á sus hijos y esposos en la hora del peligro; la corona del martirio á su lado será una gloria.

² No he querido invocar el nombre de esas mujeres desnaturalizadas, que, con el nombre de madrastas, son el baldon de las madres. Culpables quizá en el origen de su estado, crueles en sus medios, y tal vez criminales en su fin, faltan á la fé jurada, para faltar á los sentimientos de humanidad, y aborrecen y castigan á los frutos inocentes del primer tálamo, rechazando con inaudita crueldad á los ángeles de inocencia, á quienes con tanto cariño y ternura los estrechaba su madre, que los contempla desde el cielo.

El padre ante el porvenir de los hijos ¹.

LA madre ha formado ya el niño; al padre ¡toca ahora formar el hombre: la madre ha nutrido el corazón; toca al padre realzar la cabeza: la madre ha embellecido el alma; el padre enaltecerá la inteligencia, haciendo al

¹ Además de la infinidad de profesiones y oficios á cual mas honrosos, como lo es todo trabajo, el Estado ofrece el acceso á varias carreras, que si no están retribuidas á la altura de las necesidades que exigen las costumbres al decoro del hombre público, garantizan mas ó menos porvenir para el hombre estudioso.

La instruccion está dividida en primera y segunda, y de aplicacion y profesional superior, y seis facultades.

La primera forma y ocupa á maestros, y maestros de párbulos, elementales, superiores, adultos y normales.

La segunda á catedráticos de instituto y profesiones de comercio, náutica, veterinaria...

La tercera, de carreras especiales, crea y coloca á ingenieros de caminos, minas, montes, industriales, químicos y mecánicos, agrónomos y peritos agrícolas, arquitectos, maestros de obras, agrimensores y aparejadores, ayudantes, capataces, auxiliares y delineantes de obras públicas y minas, diplomática, diplomacia, estadística, telégrafos, escultura, pintura, grabado, música, declamacion... amen de registradores, notarios, agentes de bolsa y comercio, procuradores y otros.

La cuarta, ó facultades, concede los grados de derecho, teología.

niño digno de sí, orgullo de la familia y esperanza de la patria: hé aquí ahora la mision del padre.

Para llenar este cometido, tiene preparado el terreno: porque una criatura que impone cariño por su angelical bondad; un niño que inspira estimacion por un carácter de gracia y respeto, por una afabilidad que seduce, por una amenidad que despierta el cariño, y cuya modestia encanta, cuyas virtudes, iluminadas por la fé, forman las sagradas afecciones de un corazon hermoso en toda la estension de la palabra, este niño está predispuerto, está pronto á correr con ánimo resuelto y levantado la senda que las luces, el amor y la esperiencia del padre juzgue que han de conducirle á un término feliz y venturoso.

El primero y eterno deber es conservar intacto el depósito de las tradiciones maternas; sostener este fuego sagrado que enaltece las almas bellas. Al efecto, buenos libros y buenas doctrinas pueden ser muy útiles, pero no

medicina, farmacia, filosofía, letras, ciencias exactas, físicas y naturales.

La marina tiene ingenieros de la armada, estado mayor, condesables, cuerpo administrativo...

El ejército se compone de ingenieros militares, estado mayor, administracion militar, artillería, caballería, infantería.

La administracion pública, ó sean los empleos que dispensan de gracia los ministerios, son infinitos. Es el gran recurso y tambien la gran desgracia de todos los hijos parásitos, que demasiado olvidan que una profesion es el mejor patrimonio para vivir dignamente y labrar un porvenir.

Un gran número de empleos tienen por objeto desarrollar la influencia del gobierno, y dar á los protegidos el medio de vivir á espensas del Estado. La empleomania es una lepra; pero la venalidad, lejos de ser nueva, se la ve dominar en todos tiempos. Hoy preocupa vivamente á los hombres de Estado la administracion de la cosa pública, porque los intereses mas caros del pais reposan en sus manos; y en obsequio á la verdad, hay talentos que la fecundan, inteligencias que la honran, y virtudes que enaltecen la dignidad y grandeza del pais.

tanto como el ejemplo, que habla con mas elocuencia al corazon.

Como regla general, todo malvado ha empezado por ser mal hijo, y no es difícil adivinar lo que será una mujer en casa de su marido, viendo lo que es en casa de sus padres. Por esto se puede asegurar, que los que descuidan las virtudes de las hijas, preparan la vergüenza de su propia familia y la desgracia de las casas donde tengan que vivir.

Aseguraos que buscan el modo de complaceros por amor y respeto; que buscan buenas compañías; que observan los deberes que prescribe la amistad; que son sinceros en sus palabras; que reina buena fé en sus acciones; que abrazan contentos su trabajo y su estudio, inspirándoles interés la emulacion que les abona su carácter alegre, pero no impetuoso; que aman y ejercen la franqueza, tanto como detestan la hipocresía; que respetan á los ancianos cuanto consideran como hermanos á los niños; y que en ser humanos, justos y liberales tienen la conciencia de sus deberes ante la sociedad y el cielo. Esta herencia, con el ejemplo de sus virtudes y de sus bellas acciones, es el primero y mas hermoso legado que un padre debe asegurar á sus hijos.

Trazada así la senda de la conciencia, es preciso colocarse en el camino de la ciencia y el porvenir.

La eleccion de estado ó carrera para un hijo es árdua y difícil tarea. Feliz se contaria un padre que en estos momentos decisivos para sus hijos fuera inspirado por el acierto, si hubiera un genio superior, un signo celestial, ó una ciencia, un arte, una *frenología* que le señalara la senda feliz de sus hijos ¹.

¹ Ya que se nos ha escapado la palabra que subrayamos, diremos dos palabras. O la *frenología* es una verdad, ó no. En el primer caso, es sensible que esté entregada á las fuerzas individuales una ciencia que tan grandes beneficios debe reportar en los destinos humanos; y

No basta consultar los medios, porque se pueden agotar inútilmente en una carrera que rechaza la voluntad. No basta obedecer ciegamente á la vocacion, confiando en la exaltacion de un sentimiento, que ni abona la razon ni las facultades de la familia. No basta la memoria feliz de un niño para juzgar de su talento, ni el talento autoriza para comprometerle á una empresa que en la vida activa y práctica del porvenir no pueda tener una aplicacion inmediata y positiva.

Se han visto jóvenes encerrados en colegios años sobre años, coronados en los certámenes, aplaudidos y celebrados, entrar en el mundo y alcanzar una fortuna por senda distinta á la que alcanzó distinguirse en los estudios. Se han visto otros que nunca fueron laureados, que no mostraron otra distincion que repugnancia al estudio y al trabajo, ocupar en la sociedad un rango mas elevado que los compañeros que ciñeron la palma y él aplaudió. ¡Cuántos hijos parásitos consumen el patrimonio de las familias por empeñarse en una carrera superior á sus fuerzas, contraria á su vocacion, inútil é improductiva! Esto prueba lo difícil de la mision del padre, lo difícil del acierto en la carrera. Pero siendo general la conciencia de lo que valen y se hacen valer la virtud y el saber; sabiendo que los altos puestos de la sociedad en la magistratura como en la política, al frente de las obras que inmortalizan el genio, como en las solemnidades que celebran las profesiones mas modestas, y las bellas artes,

aun sería altamente vituperable en el gobierno si la mirase con prevención. En el segundo caso, los pueblos guardarían eterna gratitud á los gobiernos que les hubieran probado la falsedad de esa doctrina. Muy jóvenes tuvimos el gusto de contarnos entre los discípulos de Cubí, y de entonces acá nunca á nadie que haya saludado esta ciencia hemos dejado de oír que hay un gran fondo de verdad, que es digno de estudio, y que es muy sensible no haya merecido una acogida mas favorable. No podríamos espresarnos lo mismo hablando del magnetismo.

las letras, y las ciencias todas, el talento, el brillante destello de la inteligencia, que fecunda el trabajo y proclama la virtud, es el que honra las fiestas que consagra la admiración de los hombres: el padre, aconsejado de la prudencia y de propias y ajenas luces y experiencia, debe dar al hijo un porvenir; pues como ha dicho un antiguo proverbio, el que no enseña al hijo á trabajar, le enseña á vagar ó robar.

Si Dios ha colocado en la criatura las necesidades que forman los tres elementos constitutivos de su ser, moral, intelectual y material, ha puesto también á su alcance una parte de la creación, para que utilizando este rico tesoro de dones naturales, pueda llenar su misión sobre la tierra. Es cierto que el rico presente de dones naturales no ha sido distribuido á las criaturas de un modo igual; que la naturaleza es pródiga con unos, avara con otros; que la Providencia, en fin, ha hecho una desigual distribución de fuerzas y talentos. Respetemos los designios de la Providencia, que ha querido que la criatura alcance á merecer un puesto, un nombre, una gloria por la virtud y el trabajo. Sí: ¿y cómo se explica si no el estado miserable y degradante de algunos pueblos colocados por el destino en medio de un suelo rico en tesoros naturales, y la grandeza de otros á quienes el cielo parece haber negado tan brillantes beneficios? La virtud y el trabajo son los depositarios del porvenir; al trabajo y á la virtud sonríe la victoria en los destinos humanos.

Raros son los grandes talentos, muy escasos los genios brillantes que, como el sol entre los astros, ostentan el destello celestial entre los hombres. Sin embargo, Dios, que no ha hecho acepción de personas, no ha reservado la felicidad y la gloria para uno á despecho de todos. No: en el episodio de las luchas humanas, las sendas que conducen á un término son infinitas, como infinitos son los destinos en que el hombre se cree dichoso y feliz.

Si un artesano que á favor de celo y asiduo trabajo ha conseguido entre sus iguales una posicion que sonrie el corazon, hé aquí una dicha y una gloria. Si el corazon de este artesano despierta mas tarde á la ambicion, y en pos de orgullo pretende una alta gloria para un hijo á quien el destino no llama ni al foro ni á la tribuna, el padre consumirá su fortuna, el hijo agotará sus fuerzas á la mitad del camino, y sin poder ascender á la meta, y demasiado engreido para descender á su origen, habrá labrado una verdadera desdicha ¹. ¿Y solo hay paz y ventura, honra y gloria quizá en los altos destinos sociales, y solo hado fatal en cultivar modestas profesiones? ¿No serán tal vez mas comun y familiar las felicidades en estas que en aquellas clases?

Si todos los hombres no han nacido para los grandes talentos, es la verdad que reina una clase de gloria adecuada á la clase de mérito. Hé aquí, pues, justificada la noble ambicion que cifran todos los hombres en la virtud

¹ Hoy, como siempre, la propension de un lujo superior al puesto reservado por el destino, es causa de que el mundo lllore males sin fin. Pero no se crea que este conato, mas que absurdo ciego, de elevarse sobre la posicion que realmente se ocupa, ocasiona tan solo funestas consecuencias bajo el aspecto económico en las familias. Los padres que, *ciegos* de amor se sacrifican por ostentar en sus hijos un hijo en competencia con fortunas mas elevadas, amen de ocasionar la crítica y ponerse en evidencia, crean en sus hijos un espíritu de distincion que, como la lisonja, conduce al orgullo y á ciertas *necesidades* que por lo mismo que son ficticias, labran muchas calamidades en el curso de la vida. Signo de honra es en un artesano mejorar su traje y sus comodidades á favor de celo y trabajo; pero acariciar la vanidad antes de tener una profesion que la justifique, es peligroso en alto grado. Si nos fuera permitido entrar aquí en cierta clase de comentarios, nos opondríamos tambien con mayor y mejores razones á que en los hospicios y asilos de caridad sirvan de traje, levitas, gabanes y otras prendas de forma lujosa para los infelices acogidos que en dia próximo han de buscar el sustento en las faenas mas penosas y peor retribuidas de la sociedad. ¡Es muy peligroso jugar con las *necesidades* humanas!

y en el trabajo. Y esta gloria inferior á esos talentos elevados, está fundada, ya en la necesidad de conservar todas las condiciones, ya porque llevando la perfeccion á todas las clases, sostiene la emulacion y florece la virtud, ya porque no embriagando las apariencias, no se trata de alcanzar una gloria superior á los talentos y á la condicion, sino que partiendo de un corazon grande, marchando con un carácter firme, y sosteniéndose con un espíritu por cima de vanidades, se hace un deber de la virtud, una honra del trabajo, y al fin se coronan con la gloria, con esa gloria adecuada á cada posicion, mérito y clase.

¿Y quién no tiene el valor de la virtud si lisongea la fortuna? ¿Y quién desespera ante el trabajo si le aguarda la dicha, aunque no sea esa brillante dicha que tan unida va á los admirables talentos? En el templo de Delfos estaba grabada en letras de oro esta máxima: «Conócete á tí mismo, y nada desees que sea demasiado ventajoso.»

El padre debe, pues, abarcar con mirada serena el conjunto de las circunstancias que tengan relacion con su destino; elevarse á un punto de vista desde el cual le sea fácil contemplar las oleadas que inundan el suelo, como las necesidades que va creando la época y el mundo, desde el cual el pasado se ofrezca á su vista como una luz que le guie en el porvenir, como un horizonte que libre su esperanza, el presente como un sol cuya luz debe embellecer la existencia de su hijo. Y bajo la sombra de elevados pensamientos tener la noble ambicion de legar un nombre y una dicha que arranque las bendiciones de sus hijos.

Feliz la familia que tales niños educa; feliz el niño que de tales padres procede; feliz la sociedad que de tales hombres se compone.

De los padres depende, pues, que sus hijos brillen con mas ó menos gloria en lo futuro; de ellos depende

tambien que convertidos en ilotas les quede el único con
suelo y la triste esperanza de envolver la vergüenza
en los harapos de la miseria. ¡Que calculen, pues, los
padres la gravedad de su mision ante el porvenir de sus
hijos!

Los hijos ante la familia y la sociedad.

Si el vicio de la ingratitud es siempre detestable, y el testimonio de reconocimiento es debido á todo sacrificio dispensado en aras de nuestra felicidad, el amor, la gratitud y el reconocimiento hácia los padres debe ser sincero, grande y eterno, erigiéndoles en nuestro corazon un segundo altar para rendirles el culto de inmenso respeto y cariño ¹.

Cuando las virtudes de los hijos arrancan las bendiciones de los padres, forman el vínculo mas dulce que existe en la naturaleza, y la vida doméstica es un encanto, una delicia, un Eden. Y si el hijo no es un monstruo de iniquidad, si no es una planta de salvaje maleza que envilece su dignidad, y desoyendo la voz de la Religion y de la naturaleza, con alma envilecida invoca el instinto de las fieras, el hijo rendirá un profundo respeto á su padre, que le daría la vida, y á la madre, que se la tiene consagrada desde que le dió el ser.

El padre, que ardiendo en cariño se agita en cálculos

¹ Algunos legisladores de la antigüedad no pensaron ni se ocuparon en penar el *parricidio*, porque no podían comprender que un hijo pudiera olvidar hasta tal punto los sentimientos de la naturaleza.

y meditaciones, que en público como en el retiro trabaja, y bañado su rostro de sudor, su alma de fatigas, su corazón de inquietudes; la madre, que encendida en amor, consagra su reposo día y noche, sus lágrimas y su sangre, arrostrando con ánimo levantado toda clase de sacrificios, é invocando al cielo y á la naturaleza todos sus dones para el hijo de sus entrañas, estos padres son dignos de las mas altas consideraciones, de los mas profundos respetos filiales, y que los hijos, postrados ante la paternal solicitud, imploren sobre ellos la bendicion de Dios.

Nada hay mas venerable para un hijo que los autores de sus días; nada que le haga mas grande á los ojos de los hombres y de Dios, que los sacrificios que haga por su felicidad; sacrificios que nunca jamás se igualarán á los que le prestaron en un órden sublime y elevado, como una emanacion de aquellos con que la Providencia cubre á los mortales.

Los sacrificios de la madre principian desde los primeros dolores del seno, donde ya ama al hijo antes que le hayan visto los ojos, siguiendo su cuadro de dolores, de abnegacion y sacrificios, que atrayendo la ternura del esposo, vela y vela sin cesar por el fruto de su amor, á traves de la vida, y á traves de todos los obstáculos, hasta la muerte.

El vocabulario humano es pobre cuando quiere pintar el amor de una madre, y solo aquella Madre bendita entre todas podria ofrecer al hijo alguna frase, algun acento digno del cruento amor. Sí; remontando el corazón en alas del mas puro entusiasmo hasta encontrar á María al pie de la Cruz, ofreciendo en medio de aquella sangrienta escena el cuadro mas perfecto y mas patético del amor materno; solo allí podemos inspirarnos de este sentimiento en todo su valor; allí está divinizado; allí está consagrado al primero de los títulos que hacen de la mujer

un objeto tan digno, y de tanto y tan alto derecho á la consideracion del mundo.

El corazon humano no puede albergar un amor mas desinteresado y brillante, mas puro, bello y conmovedor que el amor de padres. Nada esperan de aquel tierno ser sino muchas alarmas, muchos cuidados y sinsabores antes que el fruto de su bendicion despierte á la razon y al porvenir: muchos sacrificios antes que sea iniciado en los sanos y santos principios: muchos y amargos dolores antes que pueda ser útil á la familia y á la patria. Pues el hijo que contemple el sello de dolor que ha impreso en la frente arrugosa de sus padres, que han agotado sus fuerzas en esa peregrinacion desde la cuna por la infancia y la juventud, á la edad madura, y que no han dejado de saludarle con el ósculo de bendicion á favor de mil fatigas; el hijo que les debe un nombre ennoblecido por la virtud, un espíritu santamente cobijado, un corazon enriquecido por bellos sentimientos, una inteligencia adornada de luces que augura su porvenir; esos hijos que han visto á sus padres sometidos á toda clase de privaciones por labrar su felicidad hasta despues de conducirlos á formar una nueva familia, esos hijos deben jurar ante El que se postra el universo un reconocimiento profundo, un amor entrañable, una gratitud inviolable y eterna.

Sí, la gratitud tierna y elocuente, el amor intenso, ese reconocimiento que tanto destaca por una obediencia afectuosa como por un respeto cariñoso, ennoblecen el corazon de un hijo, realzándole ante la sociedad á la estimacion universal; pues el buen hijo es ya una garantía para ser buen esposo, buen padre, buen ciudadano. Pero si esta gratitud filial debe brillar siempre, hay momentos en que es preciso elevarlo, si es posible, al amor más puro, á un afan ardiente: cuando los padres son víctimas de una desgracia, ó cuando la vejez ú otra calamidad invoca toda nuestra proteccion y cariño. Que el cielo les

haya privado de razon; que abandonados de la razon se hayan precipitado en un mar de adversidades; que el mundo les haya negado sus relaciones; que con tristes extravios manchen la santidad de los preceptos; nada, absolutamente nada puede excusar nuestro amor inalterable, tanto mas acendrado y tierno, cuanto mas se cebe la desgracia en aquellos seres que consagraron su vida y hasta derramaron su sangre por nuestra felicidad. La hora del peligro es la hora de prueba de las grandes almas; la hora de los sacrificios es la hora suprema en que los hijos admiran al mundo, aplacan la justicia divina y alcanzan sus misericordias.

Despues de esta bella conducta del hogar doméstico, el mundo se abre ante el hijo, y debe ayudar al padre que se ocupa de su dicha. El mundo ofrece por momentos adelantos que pasman, prodigiosos descubrimientos que enaltecen la inteligencia, y por do quier la ciencia crea maravillas y la industria ostenta milagros, y el hijo está llamado á tomar parte en ese espectáculo, que si exige trabajo, brinda con gloria. Y como todo lo que la naturaleza humana encierra de grande y fecundo en intereses materiales, es realizado con el interés moral, el primer cuidado debe dirigirse á levantar esos movimientos del espíritu, de donde brotan, en el instante marcado por Dios, todas esas perfecciones, todos esos progresos que son á la vez el privilegio del hombre y de la naturaleza.

El hijo va, pues, á franquear las puertas del mundo, antes de conocer el mundo y los hombres. Pero embellecida el alma por la madre, y reformada la razon por las luces del padre, elevado su juicio, y fuerte en la esfera de sus conocimientos por su virtud, entrará en esa arena abierta á todos los talentos, con una emulacion que augura éxito feliz; en esa lucha, en esa desecha borrasca de esfuerzos asíduos, vivos, animados y concienzudos, á cuyo término se levanta la gloria.

Corta como es la vida del hombre, limitadas como son sus facultades, ese tiempo y esos talentos no deben ser prodigados. El hijo debe interrogar su mente, su aptitud, su gusto, su corazon, su voluntad, y ser respetuosamente franco con sus padres, que saben los medios con que cuentan y la carrera especial que ha de librar su futuro destino. Y sea cualquiera el destino reservado en los designios de la Providencia, el hijo debe esforzar su voluntad para adornarse con aquellas luces que hijo ó padre, esposo ó ciudadano, alcanzan la estimacion y el respeto de los hombres.

Los hijos deben vivir prevenidos contra dos escollos. El jóven que se sienta desanimado porque se juzga rebajado ante los compañeros, á quien la Providencia colma de una inteligencia prematura, no debe acobardarse bajo esta impresion, muchas veces infundada, porque hay genios, aunque tardíos, brillantes. Y al contrario, el jóven que se cree favorecido por una memoria lucida y fácil, á veces funesta, seducido por este privilegio, tal vez peligroso, que le induce al abandono, que no fie en este pretendido espíritu privilegiado, que no le ciegue la estimacion de sus facultades intelectuales, y entregándose á la indolencia acaricie un orgullo que sea una eterna sombra, quizá la muerte de su mérito y la condenacion de su destino. Harto comunes son los talentos privilegiados en artes y ciencias que, descuidados primero, despreciados despues, se invocan cuando están envueltos en vicios, y presa de costumbres que lamentan los hombres, labran la vergüenza de los que pudieran haber sido una gloria.

Los hijos no deben olvidar que el porvenir es un secreto reservado á la virtud y al trabajo. Que el destino bueno ó malo, oscuro ó brillante, se prepara desde los bancos del taller, de la escuela y el colegio, y que el tiempo es de un gran valor para despreciarlo un mo-

mento. Ya se consagren á las sublimes creaciones del genio, depositarias fieles de las tradiciones religiosas y morales de los pueblos; ya se dediquen á esas ciencias á que el siglo es arrastrado con impulso irresistible; ya se recreen en las regiones de las artes, que proclaman la grandeza del hombre en las maravillas de la naturaleza; ya arrojen sus cálculos ó el peso de su fortuna ó poder á esas líneas que rasgando el espacio por cima de las montañas y los elementos, franquean las regiones de la tierra, ayudando á la fraternidad de los hombres, el jóven se debe todo á la virtud y al trabajo, como el hombre debe esperar todo del trabajo y de la virtud.

Cuando el hijo abandone el obrador ó el aula con los sentimientos de una conciencia pura, de una razon ilustrada, de una virtud probada en el trabajo, un nuevo esfuerzo, nuevo ardor, y una aplicacion mas viva y constante en la vida práctica, le harán triunfar de los obstáculos, y coronando las esperanzas de que están animados sus padres, recompensará sus lágrimas y dolores, y un éxito brillante colmará sus afanes en la tierra.

Como la verdad y la virtud tendrán siempre sobre el corazon humano derechos sagrados, séame permitido insistir sobre ciertos principios que, en forma de axiomas, encierran una moral profunda.

Todo lo que realce las cualidades personales es digno de un joven. La limpieza, porque es signo de decoro; la decencia, como señal de dignidad; el órden, que casi es una virtud, como testimonio de una vida arreglada.

Hay personas que si prestan un favor, se creen con derecho á sacrificar la dignidad personal, envileciendo el corazon á precio de un servicio. Estos verdugos de la virtud son peores que los hipócritas, porque estos solo sacrifican su conciencia, pero aquellos pretenden envilecer todos los corazones.

Si el jóven hace bien á los amigos para conservar su

aprecio, debe hacerlo á los enemigos para merecerlo. El placer de la venganza debe ser un género de placer que solo anide en almas tan bajas, que no conozcan el verdadero placer que anida en conciencias levantadas y puras. El malvado trae males y lleva maldiciones: el nombre del justo queda en la memoria humana como en un santuario.

El trabajo es como el manantial de agua, que, naciendo en las entrañas de una sierra árida, rasga las peñas, orada cordilleras enteras, y aparece en un valle estéril, que lo fertiliza y fecunda. La constancia en el trabajo vence las dificultades, supera todos los obstáculos, y hace nueva y feliz la vida del que lo abraza con celo y fé. Muchos héroes han procedido de moradas humildes, y almas bellísimas de cuerpos, que si no debian gracias á la naturaleza, debian virtudes á la *educacion*, que es siempre y por do quier el signo infalible de la cultura y elevacion de los pueblos.

De los terrenos mas frios, yermos, áridos, campos agostados, suelos pedregosos y páramos á donde el sol apenas se deja ver á través de nubes que privan de fuerza y bondad, brota una riqueza á fuerza de cultivo; y deliciosas frutas, frutos esquisitos y ricos tesoros en áridos y líquidos; y en artes y en industria el mundo admira, no como producto de culpable indolencia, y sí como producto de un trabajo constante, infatigable, que proporciona honra y placer. Los prodigios de esta virtud han autorizado esta elocuente y animosa idea: querer es poder.

El jóven que gusta la lisonja y acaricia la vanidad, pronto el orgullo le entregará á las pérfidas insinuaciones de esos aduladores que dan veneno en copa de oro. En este sentido se ha dicho que el oro es *vil*, porque se le ofrece en holocausto la virtud. Y por esto tambien se ha dicho, que las malas compañías arrastran al vicio, á la abyeccion y á la vergüenza.

El genio y el orgullo son incompatibles; no hay presuncion en el sabio: la presuncion y el orgullo acompañan siempre á la ignorancia: es una observacion de todos tiempos y de todas partes. La educacion, si no es la sabiduría y el genio, es humana, es justa, es liberal; y estos sentimientos conquistan una conciencia tranquila y una vida feliz.

La hipocresía es aquel hombre de cara risueña y alma corrompida: es el *amigo* que os adula, y vende á la vez: el que cuenta las faltas ajenas y espía las vuestras: son esos Pilatos que á la luz del dia parecen hombres de bien, y á la sombra de la noche despojan á los hombres de bien. Profesan por oficio la adulacion, y representan toda clase de papeles; esgrimen armas, pero armas de lisonja y vanidad, de orgullo y presuncion; son officiosos para el rico ante los ojos del poder, pero altivos aun con sus hermanos, y no aman jamás si no tienen *interés* en amar. Son los esclavos de la opulencia, y los esbirros del pobre: sonrien á la fortuna, y se rien de la virtud. Arrastran lujo con misera renta: se ostentan muy altos, sin descender al trabajo: pasan el dia, la mitad engañando, la otra mitad mofándose de los engañados. No saben manejar la chanza fina y delicada, que es el alma de una conversacion: saben manejar la ironía, la sátira, la impostura, para atravesar el corazon de los enemigos de su Mesceñas, sin perjuicio de mancillar la vida de este cuando convenga halagar aquellos. Como la urbanidad se confunde con la virtud, el hipócrita remeda todas las virtudes; pero á través de aquel exterior dulce y elegante, los sentimientos de aquel corazon se revelan pronto á un atento observador. Su alma es venal, su corazon corrompido, su voluntad una mercancía, y su conciencia, que mancha siempre los labios de cínica mentira, no tiene mas templo que la fonda, donde rinde culto á su Dios, y donde la honra y el pudor, la ley y el derecho, la razon

y la justicia son sus manjares. Quien así vive execrado, y muere maldecido, es el gusano mas vil que se alimenta de la virtud y de la paz social; es el Judas que se llama *hipócrita*. Los hipócritas de las clases bajas no dejan de ser almas viles que degradan la dignidad humana: pero los hipócritas con riqueza y poder son los sofistas sin fé, que corrompen todos los lazos sociales. Por esto la moral aconseja á los jóvenes que huyan de las malas compañías, y por eso dice el vulgo, «dime con quien andas, y te diré quién eres.»

El que viola su palabra, infama su nombre: por eso debe ser el honor el primer sentimiento de la vida; y por eso tambien en los testimonios que haya que prestar en el retiro como á la faz del cielo, en pro ó contra del rico ó del pobre, del amigo ó del enemigo, ni el odio debe conducir á cometer una injusticia, ni la pasion separar jamás de la verdad, que como hija del cielo, trae paz y tranquilidad.

El amor á la gloria, en fin, es un sentimiento vivo y constante que debe inspirar á un joven esa fuerte y noble pasion que fecunda las virtudes humanas, que eleva las artes, que hace brillar las inteligencias, y saca al mundo de la barbarie. Hasta el trabajo, que es una condicion necesaria, lo hace agradable, y el vicio jamás obtiene un homenaje sincero y real. Ni la malicia, ni la vergüenza, ni los placeres que esclavizan, ni la indolencia que enerva, ni la ociosidad que hastía, sirven para otra cosa que para matar la memoria, secar el espíritu, envejecer, mas por los estragos de los vicios que por los estragos de los años, corromper el alma, consumir el cuerpo, y morir sin haber gozado de la vida, ni de la virtud, del honor, ni del mérito, que son las sendas de la fortuna y de la gloria.

Parientes y amigos.

LA ley natural y la conveniencia social, que proclaman la necesidad de que el hombre viva en sociedad, fueron coronados por un precepto divino, que impuso á las criaturas una amistad, un amor fraternal.

Es un principio celestial, que asociará á todas las naciones del globo. Por de pronto ha hecho execrable la esclavitud, y ha quitado á la espada del conquistador la gloria estúpida que recogía derramando sangre humana. Levanta el corazon á conquistas mas bellas, mas puras, mas en armonía con las santas inspiraciones de la *fraternidad*. Todos los seres de la naturaleza se apresuran á rendir homenaje al Autor de este precepto, porque la mano benéfica del Eterno llenó el Universo con su bondad. Y si grande fue el precepto que liga á los hombres en amistad, mayor fue el ejemplo que, mostrándonos un origen comun, nos redimió á todos en una misma Cruz.

El que separó la aurora de las tinieblas, el que desencadena los vientos y agita las nubes, haciendo caer la lluvia que reanima la naturaleza, reanimó tambien la sociedad agitando los corazones con sentimientos elevados de caridad cristiana, rasgando las nubes que agita el

odio, y uniendo los ánimos que desencadena el genio de la maldad.

La verdadera amistad es la tabla de salvacion en la deshecha borrasca de los acontecimientos de la vida; es el foco de consuelo que enjuga muchas lágrimas, y lleva la paz al seno de infinitas familias.

Un verdadero amigo en dias de bonanza, es el depositario fiel de las confianzas que tranquilizan el corazon humano; y en dias de adversidad, es una segunda Providencia. Y cuando esta amistad acendrada y pura atesora un pariente, una persona que liga los lazos de la sangre y el seno del hogar, un doble vínculo lo recomienda á los ojos del mundo.

Ni la mentira que degrada, ni la adulacion que envilece, caben en el seno de la amistad, que es franca; pero no con esa franqueza que consiste en decir todo lo que se piensa, sin guardar respetos, y que no tiene el valor de un secreto que envuelve un misterio de dolor, ó el sacrificio del amor propio, sino en la franqueza que medita mas que habla, y que piensa mucho lo que habla.

El hombre sin amigos vive desterrado en el mundo; y los que se precian de tener muchos, con muchos desengaños acibaran las relaciones de su vida. Un conocido de viaje, un compañero de paseo, un camarada de fonda, un contertulio, un amigo que comparte las horas de juego y sociedad, no se pueden confundir con la amistad que nosotros invocamos, con esa amistad dispuesta á sacrificarse en aras de la salvacion de un amigo.

Dos personas ligadas por un afecto desinteresado, por una simpatía que arrastra la voluntad, por un corazon que se cree dichoso el dia que labra la dicha de una persona querida, y que comparte con vivo dolor los dolores de la amistad, esas criaturas son el emblema mas elocuente de la vida social, tal como brilla en los preceptos del libro sublime de las generaciones.

Los hipócritas de que hemos hablado en el capítulo precedente, no conocen el valor inmenso que atesora una amistad sincera y leal. Si esos corazones que se arrastran por el fango como inmundos reptiles, y que tarde ó temprano son arrojados con maldicion, comprendieran hasta qué punto la amistad noble se grangea la estimacion y franquea los corazones; esos que hoy se mofan de la verdad, y asesinan la fé y la confianza que debiera reinar entre las criaturas, y siembran la ira, el ódio y negra y nefanda adversidad; esos Judas que tanto abundan, desaparecerian de la haz de la tierra para honra de la humanidad. Cierto es que no habria viles aduladores, si no hubiera entes que engrie la lisonja, la vanidad y el orgullo; porque solos, abandonados á la soledad, señalados por el dedo y por do quier como víboras abominables, irian á esconder su vergüenza donde su aliento impuro jamás pudiera empañar la paz, la verdad y la virtud.

El derecho como la ley, la razon como la justicia, hallan siempre eco fiel y levantado en el corazon de un verdadero amigo; y sea que la infamia haga libar una iniquidad, ó una trama impía robe el sustento de una familia querida, ó la muerte con acerbo dolor siembre el terror en la familia, el puerto del náufrago es la amistad; la amistad, que en dias de luto, mas que en horas de bonanza, se conquista esos lazos eternos de gratitud, que harian un Eden de la mansion del hombre, si todos los hombres comprendieran el poder y valor inmensos de la verdadera y mútua amistad.

Cuando dos parientes se miran ofendidos, una inquietud, una desazon, un malestar continuo oprime el corazon: cuando dos vecinos se hieren en su amor propio, la paz huye, las pasiones arden, y acechan los momentos de una venganza, que son los momentos de perdicion: cuando dos pueblos, dos naciones se lastiman, el mundo es un campo de Marte, y los hombres, despues de sacrifi-

car sus intereses, tienen que sacrificar sus existencias, con una crueldad que supera á la de las fieras. La enemistad es la guerra, con el séquito infernal de todas las calamidades; la amistad es mas que la paz, es la fraternidad que arranca al cielo todas sus bendiciones.

Un gran amigo, es un gran tesoro; pero un amigo complaciente, puede ser funesto; y un amigo severo, un verdadero hallazgo. El amigo que por no contrariar al amigo le deja correr al borde de un precipicio, no conoce la amistad, sino una ficcion poética, una mentira. El verdadero amigo, el que aprecia este hermoso título en todo su valor, y se rodea del vivo interes y cuidado que anima un cariño afectuoso y puro, no solo se sacrifica por merecer su alta estima, sino que habla y aconseja con la veracidad de un corazon levantado y noble, aunque le cueste la amistad de la persona á quien tanto quiere y ama. Un amigo adulador, es la cizaña que corrompe toda la mies; un amigo sincero y franco, es la isla que salva al náufrago arrojado por las olas. Un mal amigo se acerca mucho á la mesa del banquete, aunque sea á precio de una lisonja, de una adulacion, de una bajeza sumisa al favor y venal al poder; pero en vano se le busca en la hora de la prueba, en la hora del peligro; es el Iscariote que besa á todos los ídolos de oro que pueda explotar. Un buen amigo es, despues de la familia, el ser querido de la tierra, que á favor de una espresion vehemente de cariño, sufre en nuestra adversidad, goza en nuestra prosperidad; que si no adula en la presencia, se sacrifica por defendernos en la ausencia. Que no atrae la amistad para imponer su voluntad con los fueros del orgullo ó del poder, y menos libar placer en esta humillacion: es como aquellos héroes de la humanidad, que con inspiraciones que arrancan la admiracion universal, lucha con la afliccion, con la lágrima y el dolor del amigo, arrancando la víctima del infortunio, ora la vea sumida en el lecho del

mendigo, ya blanco de infamacion ó esclavo de estúpida pasion, elevándose hasta las grandes virtudes cívicas, hasta el heroismo, hasta el martirio, atravesando por todos los peligros y arrojando todos los sacrificios. Si, un verdadero amigo es un verdadero tesoro.

FIN DE LA PRIMERA Y SEGUNDA PARTE.

TERCERA PARTE.

LA OPINION PUBLICA.

Deberes ante ella para todas las clases.

LA conciencia universal, mas ó menos ilustrada y sancionada por el sentimiento intelectual, el criterio de afectaciones elevadas por la razon, que arrancando de todos y de todas partes invade el sentimiento y la conciencia del género humano, es el criterio público, es el foco de las convenciones sociales, es la OPINION PUBLICA.

El espíritu de verdad y de justicia que reina en el juicio general, aun en medio de los escollos del corazon humano, y á traves de las pasiones que turban la mente y embotan el alma, la *opinion pública*, á pesar de todo, podria ser definida; mas no basta una frase mas ó menos

feliz para definir todo su poder, toda la grandeza que hoy ostenta y hoy impone en los acontecimientos que agita la vida de los pueblos.

No hay poder que se atreva á profanar sus fueros; no hay lógica que holle sus derechos. La sociedad como el individuo le rinden un culto de respeto, y el grande como el pequeño le desean y proclaman como su egida, como el nuncio de su justicia, como el lábaro que cobija su razon, su derecho y el éxito de su aspiracion.

La *opinion pública*, grande como el astro del dia, lo invade todo y todo lo somete á la fuerza de los rayos de su criterio: invisible, sus obras se ven por do quier; impalpable, nada se escapa á su contacto; y más sutil que el éter, arrasa los tronos que se le oponen al paso, y su misterioso poder hace temblar al que pretende turbar la paz, al que imagina empañar la justicia, al que osa manchar la moral, al que de cualquier modo esté maquinando el medio de turbar la conciencia humana.

Los hechos lo atestiguan; y es inútil cerrar los ojos, y negar la evidencia, y luchar con un poder invencible; y tan invencible como son la sana conciencia, la razon ilustrada é independiente, y el destello celestial que el hombre guarda en su alma. Es el númen que mece todos los pensamientos; es el pensamiento que embarga todos los acontecimientos; es el acontecimiento que hizo prorrumpir al nuevo y brillante astro de la iglesia española, malgrado en temprana edad, al sábio Balmes, que «el mundo marcha; quien se detenga será aplastado; y el mundo continuará marchando.» El espíritu invisible se echa encima por do quier, lo invade todo, es sentido por todos y por todos comentado; las inteligencias se aprestan á respetarle, las clases á conocerle, y existiendo latente la idea instintiva de existencia, aspiran á una conciencia general, razonada y profunda de su poder.

Es un absurdo soñar en monopolizar esa conciencia

universal: la *opinion* no es el Judas que se vende al poder para arrastrar por el cieno la dignidad humana: es una aberracion el creer que puede formarse un mundo de idiotas; y que la potestad de viles pasiones pueda sobreponerse en una lid de potestades, sobre el árbitro supremo de la conciencia moral; y que se puede llevar el cetro del despotismo y de la injusticia sin faltar á las leyes del cielo y á los preceptos de la tierra.

Solo un loco, solo el infeliz á quien Dios niega los destellos de su luz, puede empeñarse en hacer remontar la corriente de un gran rio hácia su origen, en vez de prever sus estragos, dirigir su corriente, aprovechar sus aguas, recoger sus fuerzas potentes que encierran valor inmenso, caminando con él en la esfera señalada por el Autor de la naturaleza, por los medios de su manifestacion, la *opinion pública*. Infeliz del pueblo que desconozca los poderosos vehículos de ese poder; infeliz del gobierno que no lo venere y que no rinda homenaje á los destinos de la humanidad en los encantos de una era cimentada en la verdad, en la ciencia y en la paz.

No echaremos una mirada retrospectiva sobre la historia para señalar las huellas de la *opinion pública*; no registraremos todas las conquistas que hoy lleva á cabo, á pesar, á la faz y por toda la haz de la tierra, porque tamaña tarea no cabe en los límites de cortas páginas. El hombre, y el hombre en el poder, enchido de orgullo, olvida sobradas veces que debe á la sociedad de que es miembro el sacrificio de su ambicion: que la sociedad es imposible con una lucha perenne de derechos individuales, que traerian el reinado de la fuerza material, inconcebible, con la naturaleza moral del hombre.

Pocos hechos dan mucha luz para admirar el poder de la *opinion pública*: las galas de la diction nada podrian añadir á los trofeos de sus victorias: sus triunfos no han menester de poemas para llenar como llenan las

conciencias ilustradas, que aclaman al Juez universal é incorruptible que ha de salvar los fueros sociales. Narremos.

Hace pocos años (1849) Roma despertó una mañana llorando la ausencia del venerable Pio IX, que huía á Gaeta. La revolucion se habia desbordado, y el triunfo le sonreia; quizá confiaba hasta en altas regiones. Pero, ¿creeis que va á aparecer otro Pontífice que le dispute el poder que ha recibido de lo alto de los cielos? Pensais tal vez en algun cisma, en un sínodo, en un Concilio que le deponga ó niegue la suprema autoridad de que se halla revestido? Pronto se disipa la duda. Cual Lázaro, se levanta la *opinion pública*, y de todos los ámbitos de la tierra se lanza imponente, y hace que los gobiernos brinden á porfía sus escuadras al baron santo que encierran los muros de Gaeta; los pueblos se apresuran á tributarle el testimonio de profundo reconocimiento y veneracion, y los ejércitos vuelan á postrarse á sus pies, y recibida su santa bendicion, apenas despliega sus lábios para anunciar sus santos deseos, le llevan en triunfo á la Ciudad Eterna, y lo colocan en la Silla de San Pedro, en la plenitud de su poder.

Hoy, hoy mismo, sobre la augusta cabeza del Sumo Pontífice está pendiente la espada de Damocles, amenazando romper el poder temporal. ¿Y por qué no acaba de caer esa espada? ¿Por qué no se acaba de consumir la obra de su destruccion? ¿Qué detiene á esos ejércitos, á esas legiones, á esos augustos que ciñen poderosas coronas, si la víctima no es mas que un venerable anciano de un pequeño Estado, cuando tantos han desaparecido de los mapas? ¿Qué fantasma, qué misterioso poder detiene á esas potestades que disponen de los tronos, y buscan, y se afanan por encontrar *medios sobre medios para conciliar*, para hallar una solucion diplomática, para entrar en arreglos con quien por toda fuerza no tiene

mas que dos palabras, y con las que hace temblar los designios de la revolucion y á los adictos del gran Corzo? ¿Falta intencion? No. Lo que falta es valor. Porque si esa espada no cae, y esa obra no se consuma, y esa palabra no se pronuncia, es ¡ay! porque la *opinion pública* no se ofrece propicia á la consumacion de la obra; y las testas coronadas temen caer rodando las gradas del trono, si, oponiéndose á la *opinion pública*, dejan caer el anatema sobre la augusta frente del Sumo Pontífice.

Hoy, hoy mismo una lucha horrible ensangrienta los campos hermosos de la mártir Polonia. El tirano cubre el suelo con sus legiones, y un cinto de hierro y fuego de estas hordas ahoga una causa santa, y la vida de tantos héroes que pelean como los leones de Numancia y Sagunto, Gerona y Zaragoza. Las legiones rusas, cual pudieran ser inspiradas legiones brotadas por el averno, llevan el fuego por las ciudades, el luto por los campos, y siegan las cabezas de las madres, despues de haber hecho rodar las de sus ángeles de inocencia. Despues de un inícuo despojo, despues de un martirio de tantos lustros, despues que la invocacion de su Religion ultrajada se castiga como un delirio, y la memoria de sus padres le está prohibido evocar, como si fuera un crimen, agotada su paciencia, apurada la copa de amargura hasta las heces, se prepara á un esfuerzo supremo, invoca su manes, y en nombre de su fé y de su ley, se levanta á romper el yugo abominable, se lanza al campo, y se bate con tanta gloria como desesperacion contra los ejércitos de cosacos, que le abruma con su peso, su número y poder. ¿Y qué hacen los gobiernos al eco de aquellos ayes de dolor, y á la vista de aquellos arroyos de sangre, de aquella matanza, de aquella afrenta humana? La diplomacia se agita; pero la diplomacia se contenta con enviar medio oculta y medio avergonzada un saludo de simpatía. ¡Qué sacrificio, y qué consuelo!! Si contra el bárbaro derecho

de la fuerza, no encuentran los gobiernos la majestuosa fuerza del derecho; si los sofistas no quieren luchar con los tiranos, los pueblos hablarán; sí, la *opinion pública* protesta contra el hecho criminal que consintió la Europa, repartiendo la Polonia, como los sayones repartieron la túnica del Salvador, y protesta de su fervorosa adhesion á una causa tres veces santa; y aunque la Polonia sucumba en su lucha titánica, la *opinion* se hará respetar, y esa *opinion pública* le es garante de que el autócrata de las Rusias mirará con mas misericordia á la víctima, y haciéndole parar en el descrédito, en el martirio y en los sacrificios que cuesta su ambicion, se le verá, y pronto, propicio á sentimientos de justicia, que le grangearán glorias mas puras que las envueltas en sangre humana.

En medio de otras tempestades de que es víctima hoy el mundo, porque ondea el pendon de guerra y devastacion aquende como allende los mares; en medio de un lujo de calamidades que deploran los sentimientos humanos, por las lágrimas que están derramando algunas naciones, todos consultan ese gran poder que atesora todas las esperanzas; todos libran su salvacion en la *opinion pública* que arrastra la victoria. Pero no podemos seguir sus huellas en estas regiones; debemos descender á esferas, si mas modestas, no menos ostensibles de su influjo y de su poder.

Aquí aparece el genio pacífico de las conquistas de la buena educacion, y no podemos dejar que se eclipse entre nosotros su estrella. El que desprecia la *opinion*, es el marino que despreciando el faro que le señala rumbo, ó al práctico que le brinda con puerto de salvacion, naufraga y muere víctima de una lucha impotente con las embravecidas olas, que rotas y hechas polvos de espuma, tragan cuanto á su paso se opone.

A la *opinion* debemos el sacrificio de todo aquello que,

á pesar de ser bueno en sí, no ofrezca una apariencia de bondad. Si en la sociedad se juzga por las apariencias exteriores, por mas inocentes que sean los móviles de nuestras acciones, si aparecen reprobables á los ojos del decoro y la moral, la sociedad nos condena, y el haber turbado la moral vendrá á turbar la satisfaccion de nuestra conciencia. Respetando la opinion social, evitamos profanar sus fueros; respetando la opinion, acatamos las costumbres, nos ajustamos á los usos, y armonizamos con la moral y el espíritu de verdad y justicia que existe en el criterio público; y sometidos á las convenciones sociales, de que la *opinion* es el árbitro supremo, evitamos los escándalos que manchan la conciencia pública.

En lugar oportuno nos detendremos hablando de aquella parte de la educacion que prescribe las reglas que comunican dignidad, decoro y hasta elegancia á las acciones y palabras, y como emanacion de los deberes morales, estrecha los lazos de atencion y respeto que une á los hombres en mútua estimacion; es decir, la *urbanidad*: y mas adelante tambien, las costumbres del ceremonial de carácter mas ó menos elevado y serio nos ocuparán, ya en actos cuya solemnidad escluye los grados de confianza, ya de las situaciones en que cierto grado de circunspeccion no escluye los afectos del corazon, las expansiones del alma, sin caer, empero, hasta la familiaridad sin freno que relaja los resortes de la estimacion y el respeto, es decir, de la *etiqueta*. Bello é interesante es cuanto la mujer debe á la naturaleza; dispuesta á la virtud en su ser moral y físico, en su vida y constitucion, las cualidades mas eminentes hallan morada en su corazon. Mas el precio de este privilegio es una privacion y un sacrificio: sí, brillan las dotes de su educacion, resaltan sus encantos; pero ante la moral, sus gracias, que todo pueden embellecer y todo pueden malograr, los defectos mas leves que en el hombre quizá son desapercibi-

dos, empañan los hermosos atractivos del pudor y la inocencia: el respeto á la opinion debe ser, pues, mayor en la mujer que en el hombre: en la *Cuarta Parte* nos ocuparemos de ello. Terminaré este párrafo recordando que la urbanidad es una virtud, y que los hipócritas saben remedar todas las virtudes: pero nos haremos cargo en su lugar de los que un corazon vil los pone en evidencia ante los sentimientos levantados, y de un mérito real, que distingue la *opinion pública*.

Sacrifiquemos otras reflexiones en gracia á la brevedad, y concretando el pensamiento á la vida práctica, á los actos ostensibles y á los hechos particulares de los hombres públicos, detengámonos un momento, bajo este nuevo aspecto, á indicar el homenaje que exige la *opinion pública*.

Un genio brusco, un natural soez, y la virtud misma despojada de buenas maneras y finos modales, no pueden brillar ni aun en medio de la vida austera consagrada á la contemplacion. La civilidad presta encantos á la virtud misma, y haciéndola agradable conquista secuaces á la moral; y la educacion, en fin, presta atractivos á la sabiduría, á la gerarquía y al poder.

Los lazos que estrechan estos respetos y mútuas atenciones, se distinguen tanto más, cuanto mayores y mas íntimas relaciones armonizan la existencia social; y este sentimiento lo haremos patente bosquejando los deberes de ciertas clases y personas, que bajo un doble concepto deben á la *opinion pública* el tributo de miramientos.

EL SACERDOTE, por ejemplo, es una figura sagrada ante un ministerio sublime. ¡Cuán pura debe ostentar su vida, cuán eminente el alto carácter de su dignidad, cuán decoroso en sus maneras, cuán fino y atento, culto y cortés ante la *opinion pública*, que le considera la voz y la personificacion de la celestial doctrina del Evangelio!

La figura de un ministro del altar en la cátedra del

Espíritu Santo, en el tribunal de la penitencia, y ante el lecho del moribundo, es la figura mas augusta, ante las mas augustas funciones.

Cuando el sacerdote predica el Evangelio, asciende al cielo y desciende á la tierra, cuyos vicios censura y cuya senda feliz traza: no es solo su voz de unción religiosa la que habla; la pureza de su vida es el espejo do aprende su auditorio: sus labios no pueden abrirse para una sola voz que no sea culta, pura y bella; para una sola palabra que pueda alarmar el pudor, el decoro y la inocencia.

El asiento de la discrecion suma, de la delicadeza por escelencia, es el místico tribunal. Postrada á sus pies la inesperta jóven que aun no se acerca, ni por pensamiento, al peligro de las debilidades, implora la remision de ténues faltas de su edad, implora consejos de salud. La ilustrada prudencia del sacerdote contempla aquellos fueros de inocencia, y no los turba: sus preguntas, sus paternales advertencias, delicadas, son en fin, las impresiones que despierte en aquella alma candorosa y tierna, con un lenguaje dulce, con una espresion persuasiva y elocuente hácia la virtud, con una dición caritativa y consoladora, á ejemplo del Maestro con los arrepentidos y los inocentes.

Descuella mas que siempre con un espíritu de caridad, revestido con el sacrificio de sí mismo, al lanzarse allí donde un alma abandona al cuerpo. ¡Qué ministerio mas hermoso el de tranquilizar un moribundo, derramar los dones celestiales, y elevar las almas de los pecadores á la mansion de los justos! Abandona las espansiones del dia, el sueño de la noche, sufre las privaciones, no se ahorra penalidades ni le fatigan las incomodidades, y á la voz del moribundo derrama el consuelo en aquella alma piadosa, haciéndose digno de representar al que todo fue amor, abnegacion y sacrificio.

Un sacerdote que tan alto ostenta la aureola de su

augusto ministerio, aunque en su calidad de hombre no reúna dotes de una ostensible superioridad, sin embargo, las consideraciones seculares le revestirán de respeto, y la educacion prestará á su sagrado carácter los fueros de la edad, de la categoría y de su elevada representacion social.

EL MAGISTRADO ante la opinion pública no está relevado de las reglas de educacion, antes al contrario, realzan su conciencia y la ley, que son el norte de su ministerio.

Si un magistrado, prevalido de su autoridad, atropella los fueros de la decencia y ofende la dignidad en la persona de cualquiera, hace injuria á su propio ministerio, abusa torpe y vilmente de su posicion, y la opinion pública condena su mala conducta, que perjudica á los fueros sagrados de la justicia.

Si un magistrado hace experimentar los rigores del desprecio, ó niega las consideraciones que la humanidad y la ley conceden al infeliz que con sus maldades ha espantado á la sociedad, falta primero á los deberes legales, luego á los sociales, que mandan respetar el carácter de hombre, y por último, viola la caridad cristiana, que cubre con su égida consoladora la miserable condicion del desgraciado cuyos crímenes le han entregado al brazo de la justicia humana.

Un magistrado, ante quien se sostienen los derechos y se ventilan las cuestiones, es una entidad legal y moral, que solo debe mirarse á través de la autoridad que ejerce y de la conciencia legal con que obra, y los juicios deben limitarse al respeto debido á su ministerio, sin que la educacion consienta ni tolere faltar al intérprete de la ley, ni la opinion deje de tolerar otros medios que los autorizados por la misma ley, para reivindicar la justicia y los derechos de que haya podido privar.

El PRECEPTOR, que consagra la vida entera á embelle-

cer el alma, enaltecer la inteligencia y realzar el corazón de la juventud, es acreedor al testimonio de eterno amor y reconocimiento.

Si el maestro está á la altura de su elevado ministerio; si es capaz y se recomienda por la pureza de sus costumbres, por la dignidad de su carácter, por sus finos modales, por la cultura de su entendimiento, y ejerce con celo la honrosa delegacion por medio de la doctrina y el ejemplo, sembrando la virtud y el saber, allegando una esperanza para la familia y la patria, sin olvidar nunca el elevado concepto que ha merecido á los padres que le han elegido para educar á sus hijos, la opinion le ceñirá una corona de respeto y eterna gratitud.

Un maestro que así se afana y desvela, y se consagra en un órden tan elevado, el corazón de un padre no lo ve jamás recompensado con la simple retribucion pecuniaria; debe colmarle de consideracion, manifestarle su agradecimiento, no exigir que varíe el órden, el método, la disciplina establecida, ni distinciones que no están fundadas en el mérito y la virtud. El profesor es el único que puede descubrir el mérito para conceder el premio, ó las faltas para aplicar las penas; y ningun padre que en algo se estime, y estime la educacion de su hijo, se permitirá ingerencia alguna en un acto evidentemente contrario á los verdaderos intereses de su mismo hijo. ¡Desgraciada la educacion del niño que en sus contrariedades pueda apelar á la autoridad paterna! Esta clase de padres son por desgracia harto frecuentes, y sobre todo las madres, cuya razon nubla pronto lo que llaman su cariño, y que he demostrado en la segunda parte que es el completo olvido de los deberes de madre. Reiterando lo que allí tengo dicho, debo añadir: que si bien un padre tiene el derecho y el deber de velar sobre el trato que el maestro dé á su hijo, y de retirarle su confianza,

una palabra ofensiva al carácter del maestro, además de la grave ofensa á la dignidad de padre, despierta en los niños un sentimiento de desprecio hácia el profesor y la instrucción, que han de llorarlo en día no lejano, pero día en que ya sea tardío el arrepentimiento para la familia y la sociedad. La *opinión pública* concede grande influencia al ministerio del preceptor ante los destinos de la sociedad; y abogando por los intereses generales de la educación, lo rodea de consideración y de respeto, y de aquel prestigio que da autoridad á la enseñanza, y haciendo de él una profesión honrosa, estimula á abrazarla, al mérito, á la virtud y al talento.

El MEDICO, ante el peligro de la vida, no da entrada en su ánimo á otra idea que la de la salvación; y ante la angustia y la ansiedad que trae consigo el temor de la más grande de todas las desgracias, nada omite por triunfar de la enfermedad, y en todo caso conducirse con ardiente caridad, con paciencia y elevada resignación, que son sus virtudes más esclarecidas.

La salud es el bien por excelencia de la vida, y el que llega á perderla, se preocupa de tal modo de la idea de recuperarla, invocando para ello el interés del facultativo, que este debe corresponder animado de consideración, de tolerancia, sin negar el consuelo de un trato cariñoso y afable, para que los sufrimientos morales no aumenten los físicos, y enervando la acción de los medicamentos, no se acelere la muerte.

El médico es un segundo confesor, y no puede faltar en las conferencias á un lenguaje delicado y culto, echando un velo sobre las ideas que tengan algo de repugnante á los ojos del pudor y del decoro.

Cuando la muerte amenaza con faz tenebrosa, el facultativo emplea una prudencia exquisita, un tacto prudentísimo, para que el enfermo arregle sus intereses espirituales y temporales, escogitando, de acuerdo

con los allegados, los medios menos sensibles y alarmantes.

El ministerio del sacerdote y del médico tienen de comun el espíritu de caridad y resignacion, para no faltar en ningun instante que amague el peligro, aunque exija duras privaciones. El médico que desoyese el clamor del moribundo, manifestaria, mas que un corazon indolente, un alma cruel; haria injuria á la humanidad y calumniaria su propio ministerio, y lo que es mas horrible, echaria sobre sí la criminal nota de ver con indiferencia la vida ó la muerte de sus semejantes.

No hay necesidad de encarecer la prudencia del enfermo con el facultativo, y la consideracion que debe tributarle la familia á un médico celoso y atento, y para quien la *opinion pública* guarda altos respetos. Sin embargo, no hay hombre público de quien tanto se abuse y falte. Las exigencias indiscretas, las discusiones sobre el plan curativo, el mal gusto de un medicamento, las indicaciones de otras curas por otro profesor, las consultas secretas y quizá con augures que desconocen la facultad; y si cura, decir que es debido á la naturaleza; y si muere, culpar al médico; esto y mucho mas de que es víctima la facultad, indica el vicio detestable de la ingratitude; indica falta de sentimientos levantados que no debe anublar el dolor; indica, en fin, falta de educacion en las consideracione hácia el médico.

El ABOGADO, que patrocina á una desgraciada familia empeñada en un pleito, necesita mucha tolerancia, y á las veces no poca bondad y paciencia: no de otro modo corresponderia á lo que justamente espera de su educacion y de su propio interes la *opinion pública*.

Un abogado en cuyo celo y talentos ha confiado y tiene comprometida el cliente la fortuna y la honra, es buscado por él quizá con demasiada frecuencia para suministrarle datos, informarle de incidentes, estimularle

y recomendar mas y mas el negocio de que pende la subsistencia y tal cual vez la existencia de prendas queridas del alma. Y á pesar de sus ocupaciones, para estar escuchando estas conferencias, quizá inútiles, son impertinencias inherentes á su profesion, y debe mostrarse cortés y afable, y no ofender ni herir la susceptibilidad del que ha depositado en él toda su confianza y todo su porvenir.

Pero tambien un cliente debe cuidar de no abusar de la cortés tolerancia de su defensor, ocupado tambien en otros negocios, ni con visitas continuas, ni con la narracion de incidentes de ningun valor, con fútiles consultas, y con frecuentes recomendaciones que pueda interpretar como una desconfianza arrojada á su lealtad. Hay pobres espíritus que hacen de sus contien- das materia constante de su conversacion, y preocupados de esta única idea, salen al paso de su amigos, y siguen las huellas de sus defensores con una imprudencia que arguye mala educacion, falta de consideracion, y quizá el detestable vicio de la ingratitud hácia el hombre que sacrifica su reposo, y acaso compromete su reputacion, por salvar la honra y el porvenir de su defendido.

El JEFE ó empleado de oficina pública que aprecie su propio decoro, que quiera ponerse fuera de imputaciones, y no arrojar su vida bajo el dominio del público, á quien sirve y quien paga, debe recibir con afable atencion, guardando consideracion y respeto, no ya solo á personas de uno y otro sexo, dignas de especial distincion, si tambien á toda persona que la necesidad obligue á interrogarle. Mas adelante nos ocuparemos detenidamente de estos deberes, en que tan exigente se presenta siempre la *opinion pública*.

El COMERCIANTE hace un deber de la urbanidad, y la considera un elemento de su prosperidad. El público no frecuenta, si es posible, el despacho del negociante adus-

to, y cuyo trato descortés y áspero lastima la dignidad, y si el establecimiento donde recibe muestras de atención. El comerciante que aprecie y estime su decoro, no se ridiculiza con halagos impropios de su dignidad; con elogios altamente exagerados de sus géneros, manifiestamente contrarios á la realidad; con protestas de pérdida, y toda aquella fraseología incompatible con la buena educacion; y se haria indigno de su profesion, si recibiera á personas de respeto estando cubierto, desaliñado, y con marcada espresion de indiferencia, y no brindara solícito con asiento, ó negase los saludos con la deferencia que debe al público. Los deberes detallados de este corresponden á otra parte.

El rico ante el pobre tiene un modelo puro y sublime en El que amó y santificó la pobreza, en su propia dignidad, y en los fueros sagrados de la humanidad. Favorecido con los tesoros de la tierra, seria mas que cruel contemplar con indiferencia tanta privacion, sufrimiento y sacrificio á que están prometidos los tesoros del cielo.

Cuando la fuerza de la necesidad justifique la exigencia de la desgracia, el afortunado no debe justificar una negativa de modo que ofenda al carácter ó hiera el amor propio. Y aunque el peso del infortunio oprima, lejos de contemplar los ajenos goces con torpe envidia, es preciso someterse á los decretos de Dios, pues ni la pobreza es señal de oprobio, ni la riqueza está exenta siempre de calamidades que llora en el fondo de su lujosa mansion.

La gratitud es uno de los sentimientos mas nobles del corazon humano; y es difícil, cuando no imposible, hallar educacion y honradez en quien olvida un servicio, ó lo paga con ruindad. El sentimiento de la gratitud debe cultivarse con sumo cuidado, si el hombre social y culto no ha de parecerse á los moradores de las selvas; no borrar jamás el recuerdo del bien recibido, y no perdo-

nar sacrificio, ni despreciar ocasion alguna para corresponder con este elevado sentimiento del alma.

A su vez, nada hay mas mezquino, nada mas innoble que prestar un servicio por el orgullo de verlo recompensado á costa de una humillacion. Grosero como es abusar de una posicion para arrancar al corazon un ¡ay! de dolor; indigno como es echar en cara ese favor con exigencias que pongan el agradecimiento á una prueba dura, poco honor se hacen los poderosos que tienen la absurda exigencia de que una gratitud cualquiera, gratitud que convierten en instrumento despótico, obliga á sacrificar la conciencia, la dignidad personal, y besar la mano del que pretende envilecer su voluntad, y esclavizar su corazon, corrompiendo su virtud, y manchando su vida y su honor.

...En gracia á la brevedad debo renunciar, á pesar mio, á narrar ejemplos sin cuento que brindan á llenar largas páginas, y probar los respetos que exige la *opinion pública*, de todos y en todas partes, siempre y quiera los preceptos de la cultura y la civilizacion quiere que sean el levantado y precioso ornamento de una sociedad.

Cuando hoy la opinion pública condena á un gobierno, el gobierno no piensa en sostenerse, y menos en aceptar el reto; piensa en el medio mas digno de caer. Cuando la opinion condena á un funcionario público que no está á la altura de su deber, de la dignidad del puesto que ocupa, escarneciendo la moral y la justicia, el gobierno no piensa en luchar con la opinion, piensa en separar al funcionario.

El fenómeno de la *opinion pública* como idea, es inmenso, no le abarca el pensamiento; como hecho, parece vago; como poder, no tiene mas leyes que las que se da, ni mas límites que su conciencia y su razon. Si dominada del error, no es propicia á la virtud, su influjo es



horriblemente fatal; de ellos son testimonio elocuente las hordas salvajes. Si inspirado por la verdad, odia el vicio, es el aura que engrandee á la humanidad.

Entre el brillo cortesano que deslumbra la vista y trastorna el espíritu, como en la atmósfera no siempre ilustrada del campo, la opinion do quiera es el oráculo de la verdad, el juez inexorable, que ora se le increpe como fuente de todo error, ora se le invoque como origen de toda verdad, ¡desgraciado del que sea objeto de su anatema! ¡Nadie osa negarle su inmenso poder! Poder que los individuos, como los partidos y los gobiernos, quieren tenerle á su lado, y se creen fuertes, asistidos de él, como la espresion fiel del sentimiento público. Sin embargo, esa opinion no es de ningun partido, no está vinculada en ninguna clase; y aunque todos la invocan y todos la desean, todos ante ella doblan la cerviz.

No puedo detenerme á historiar la *opinion pública*, y lo siento, pues que es un estudio muy ameno. Las naciones como los individuos corren sus períodos de la infancia á la vejez. No estoy llamado á juzgar si entre nosotros ha llegado á estado de madurez; si hoy es mas grande que cuando se sometia al rigor de un ayo inhumano; si hoy es mas feliz que cuando ocultaba su frente al grito de «con el Rey y la inquisicion, chiton;» hoy, que reconocidos sus derechos, y anunciados por la tribuna y la prensa, arrolla cuanto á su marcha se opone, al grito de «paso á la opinion.»

En la opinion pública habrá quizá mas parte de sentimiento que de razon, de cuyos componentes se puede medir la ilustracion de un pueblo; pero combatirla, es un absurdo, un imposible; y lo que conviene es ilustrarla, para que el criterio de todos, mas respetable que el criterio individual, sea levantado y justo, respetable y respetado.

Una nacion, un círculo, donde los hombres hagan

alarde de hacer befa de la *opinion pública*, es decir, donde se atropellan los fueros de las conveniencias sociales; donde la fuerza del poder arrolle la fuerza de la ley; donde se alcance un puesto hollando el derecho; donde el vicio se levante sobre la virtud, y el honor esté á los pies de la vergüenza, y el mérito sacrificado al favor, y el pudor al descaro, y la justicia al nepotismo; donde la noble senda de la virtud no conduzca al honor, ni el honor á la gloria, sino que gloria, honor y virtud tienen que rendir homenaje al que mofándose de los preceptos de la moral, asalta un puesto, escala un poder, y cifra su nobleza en entrar á saco en rico botín, aunque para ello haya que seguir la nefanda escuela del hijo maldito que en el siglo xv viera nacer la bella Florencia, sería un baldon ¹. Una sociedad, donde cada miembro haga de su fuerza su derecho, de su ambicion su ley, de sus pasiones su virtud, es una infraccion constante de la virtud social, de la educacion, de la moral, y un atentado villano á la vindicta, á la paz y á las leyes que proclama una sociedad culta.

La *opinion pública* señala con el estigma de desprecio á los sofistas sin fé y sin creencias, y envueltos en maldicion, los señala á la execracion: rinde culto á la virtud que posee un tesoro de consuelos, porque abre á la esperanza todas las almas, porque alienta al bien á to-

¹ Nicolás Maquiavelo nació en 1469: favorito de la república y víctima de los Médicis, el misterio de su genio *especial* se desató en su *Tratado del Príncipe*, y á pesar del cual un monumento le señala á la gloria póstuma. Acusándole un día de que habia enseñado á los Príncipes á ser malos, contestó: «Yo he enseñado á los Príncipes á ser tiranos; pero tambien he enseñado al pueblo á destruir los tiranos.» La doblez y la artera diplomacia son, pues, antiguas. La infernal política del Príncipe la han acariciado los Príncipes que necesitaban sangre para alcanzar un trono; pero este Código de todos los tiranos, inspiró el contraveneno á Federico II de Prusia, en su *Anti-Maquiavelo*, que debería ser el catecismo de los Reyes y de sus consejeros.

dos los corazones: rinde culto á la moral, que brota pura del fondo de llama que hermosea la vida social; de costumbres puras y levantadas, que embellecen el alma; de aspiraciones justas y nobles, que enaltecen el corazon; de esos grandes sentimientos que, eclipsando los espíritus de vil adulacion, que afrentan la virtud y corrompen la justicia, arrancando lágrimas de dolor, hacen feliz la mansion en que Dios colocó al hombre para vivir en sociedad.

La Patria.—Deberes ante ella.

LLA PATRIA despierta al gran sentimiento de la gloria, y á la noble y mas fuerte pasion del corazon humano.

Hay almas que juzgan del amor á la patria como de una brillante locura, mas respetada que respetable. Presumiendo de importancia, de mundo y de filosofía, quieren algunos cubrir con un velo este amor ardiente, fecundo y universal, diciendo: «El mundo es mi patria.» Cómo, ¿todas las familias te son queridas como tu familia? ¿Es una mentira el sentimiento nacional? Cuanto hay de sublime en el dulce nombre de patria; los templos y el hogar, lugares santos y venerables, levantados por la piedad de nuestros padres; los sepulcros y los manes, con los sacrificios y proezas que obligan nuestra gratitud y encienden en el pecho el sentimiento de la virtud, del heroismo y de la gloria; nuestras indefensas familias, nuestros hijos, los ancianos, que arrasados sus ojos en lágrimas, invocan nuestra proteccion como sus salvadores, siempre, y sobre todo en la hora suprema del peligro, ¿nada dice en favor del fuego sagrado que transmiten todos los pueblos de la tierra de generacion en genera-

cion, de esa ira divina que inflama los pechos al recuerdo de la *patria*?

El amor á la patria y al hogar es un instinto; existe latente en la naturaleza. La fiera defiende su guarida hasta morir; la horda de la Polinesia sucumbe defendiendo con desesperacion sus incultos lares.

El amor y el valor por la patria acrecen á medida que progresa la civilizacion. Un puñado de españoles conquistaron el siglo xv todo un mundo, y hoy, toda una legion brillante de europeos, apenas pueden dar un paso en el antiguo y desolado imperio de Motezuma. Otro puñado de soldados de la Europa civilizada llevan la fé y la victoria con el terror al celeste imperio, habitado por doscientos millones; pero el dia que despierte á la civilizacion, allegará medios para defenderse de todo el viejo Continente. Los tristes moradores de los desiertos de Golú y de los Oasis del Africa, no conocen el amor á la patria como los héroes de la mártir Polonia, cuyos hijos combaten hoy por la centésima vez al grito de patria, y mueren gloriándose de perecer como mártires de ella, como se gloriaron los ínclitos varones de nuestra independencia.

La instruccion levanta hasta la gloria el amor á la patria. La lengua, instrumento de sociabilidad, y que nos enseña que Dios ha hecho al hombre para la vida social, nos encarna á la tierra en cuyo seno aprendimos á elevar la mente á Dios, y jurar amor eterno á todas las inclinaciones laudables, á todos los sentimientos que inspiran dignidad y reconocimiento, á los sacrificios con que está sellada la tierra en que hemos nacido. La lógica enseña á conocer los caracteres esenciales de la verdad, contra los que se rompen la mentira y el error. El estudio de la naturaleza, donde no se sabe qué admirar mas, si las leyes constantes, faros de la inmensidad del universo, ó la incomprendible

variedad de formas, de relaciones, de combinaciones, de efectos y causas, que confundiendo el espíritu, nos han hecho caer de hinojos ante la divinidad en nuestros queridos lares. En el estudio de la historia, que pone ante nuestros ojos todas las épocas, todas las naciones, las sociedades como los individuos, el cuadro sublime de todas las grandezas y de todas las abyecciones, de pasiones vergonzosas y de sentimientos levantados, de acciones generosas y de crímenes abominables, de heroicidades casi sobrenaturales y de ultrajes inferidos á la naturaleza; donde el corazón inocente, el espíritu aun tierno y recto, aprendió á venerar la tradición del suelo nativo por instinto irresistible, y como legatario de su ser y sus leyes, sus costumbres y sus bienes, sus glorias y sus dolores, abraza como el hijo querido se abraza al seno de querida madre, se contempla la patria y se la adora, adorando al Criador en sus obras, en la unidad de un principio fecundo de amor y de orden, y abominando doctrinas desoladoras para el corazón, envilecedoras del espíritu, que destruyendo los fundamentos de la sociedad, atraen las iras del cielo.

El amor á la patria, como el sentimiento de humanidad, hallan la sancion en los preceptos de una Religión divina, en las luces de una moral sábia, en las lecciones de la historia; y no es posible olvidar que la honra es la virtud, la virtud el cumplimiento de los deberes, y que todos los deberes están enlazados en la cadena admirable cuyo primer eslabon sube al trono del Eterno, y cuyo extremo yace en la tierra en que plugo colocarnos Dios.

El sentimiento nacional, el amor á la patria, es una evocacion santa, como la inspiracion divina es el espíritu de los pueblos, eterno como la conciencia, que se revela de palabra y por escrito, y cuando los tiranos la arrancan, el gemido escapado del fondo del alma y el suplicio del mártir que la invoca, es el espectro que ator-

menta á los déspotas que , condenando el robo y creando verdugos para el asesino , han loado la inmolucion de naciones enteras.

No provocamos la cuestion de justificar ó condenar el horrible tablado que levanta la sociedad para arrancar la vida á un infeliz, que á su vez ha privado á otro de la suya. Pero que á un pueblo pacífico y virtuoso se le prive de su patria por RAZONES DE ESTADO, es una violacion tan bárbara de la justicia , como el privar á un hombre de su patrimonio para enriquecer al poderoso ; y luego, no pudiendo conciliar su conciencia con su atentado, carga de cadenas y encierra en inmundo calabozo al infeliz que comete el crimen de invocar su patria y el patrimonio de sus hijos.

Cuando los déspotás, para saciar su ambicion y su orgullo , separan la ley política de la moral, la vida individual de la vida de un pueblo, y condenan al asesino de uno, y absuelven al gran asesino y loan la inmolucion de toda una nacion , se olvidan de que el crimen no prescribe jamás que la naturaleza no puede ser borrada, ni la conciencia ahogada , ni la vida disipada, y que los pueblos se levantan y abrazan la guerra para alcanzar patria y libertad.

Si el pecho del pueblo del Dos de Mayo se enciende en ira á la vista de ese clavo que nos deshonra, y recuerda la servidumbre lavada en sangre ; si el ánimo inflamado en santa desesperacion ve en poder del extranjero, y traidoramente adquirido, el Peñon de Gibraltar, señal de ignominia , centinela del Mediterráneo ; si el crimen no es tan nefando como el crimen consumado con Polonia , ni tan inícuo como el de Venecia , y sin embargo, ese robo de la astucia inglesa, hecha cuando la Providencia nos tenia en el Nuevo Mundo plantando la antorcha de las ideas , nos hace desear tanto y tanto ese risco estéril que tanta sangre ha costado, y que en dia mas ó

menos lejano ha de volver al seno de la patria, cueste lo que costare, ¿cómo es posible que el mundo descanse en paz, si hay pueblos enteros inmolados y sepultos bajo muros que custodia enemiga gente? ¿Cómo no ha de haber combates terribles, si grandes crímenes, que yacen impunes, no restañan los siglos ni mueren jamás, hasta que llegada la hora providencial se arranca el clavo infame, la infame esclavitud, y al eco de Religion y patria se levantan los pueblos y rompen el vil cerrojo de sus mazmorras, regando de sangre los campos? Si á un pueblo se encubre con negro sudario, y sobre ese sudario los poderosos echan suertes, sin dejarle ni la conciencia de sus destinos, ¿cómo se quiere esclavizar el alma, cerrar las puertas á la esperanza y á la fé, que son inmortales? La paz no es posible en los pueblos, mientras haya pueblos privados de su patria, como no es posible tranquilidad en las conciencias sujetas al yugo del crimen. Las colonias americanas rasgaron sus cadenas al eco de patria; el Africa no vivirá digna y tranquila hasta que al grito de patria no pueda respirar por todos los ámbitos de su suelo, libre de extranjera gente; ningun pueblo ha sido grande, hasta que rotas y lanzadas al aire sus cadenas, se ha sacrificado por la patria; y de ello son testimonio elocuente España y Grecia, Italia y Hungria, y cien pueblos cuya vida escrita con sangre la cubre un rico manto de gloria.

El santo hogar de la patria, con las cenizas de nuestros padres, y los nichos sagrados donde nos han de seguir nuestros hijos; donde se encarna y revela con su tradicion, su fé y sus glorias; donde late el pecho con el habla de nuestros mayores, y al lado de lares sagrados que nunca se profanan impunemente; bajo el cielo que nos envió la primera luz, y al sol que calentó la primera cuna; al abrigo de las leyes y sentimientos que nos enseñaron á venerar los talentos, los monumentos, y los

magnánimos sacrificios de nuestros antepasados, y juramos legar á la posteridad con el ejemplo de sus virtudes, sus templos, debidos á la piedad de generaciones, donde, como nosotros, elevaron al Eterno sus almas y ofrecieron las primicias de su adoracion y rindieron culto. La patria, no solo se invoca en los dias de paz, dicha y bonanza, honrando su culto y su historia, ofreciendo desvelos, lo mismo para levantar su grandeza, que á los séres desvalidos que hermana la caridad, sino que en los dias de peligro nos llama en su auxilio, contemplándonos como los salvadores, y encendido el pecho en el fuego sagrado del heroismo, inspira aquella abnegacion sublime, que conduce á los peligros y á la inmortalidad.

El reposo, los bienes, la vida, todo pertenece á la patria en los supremos instantes de angustia y peligro: este sentimiento magnánimo que sacrifica la existencia en aras de la salvacion de la patria, es el hecho por excelencia que salva nuestras familias, y tantos inocentes, en cuyos pechos, inflamados de gratitud, dejaremos inscritos nuestros nombres en el catálogo de los bienhechores con un ejemplo noble que imitar, y que aumentando los recuerdos que hacen tan querido el suelo natal, trasmitirá la historia de siglo en siglo, y á través de las edades, como la enseña gloriosa que llame á todas las generaciones á ofrecerse en holocausto á la patria.

La esclavitud de los pueblos por los pueblos, como la explotacion del hombre por el hombre, es la tea incendiaria que subleva las pasiones del corazon humano, es el grito de guerra, es uno de esos atentados que rechazará eternamente la conciencia humana. El derecho de conquista, que posa sobre los pueblos derramando una tempestad de lágrimas y sangre, es una afrenta; es la violacion del derecho sagrado de las nacionalidades; es la idea luctuosa de la justicia por excelencia y del derecho; es el estigma, el clamor eterno que lanzado por las naciones